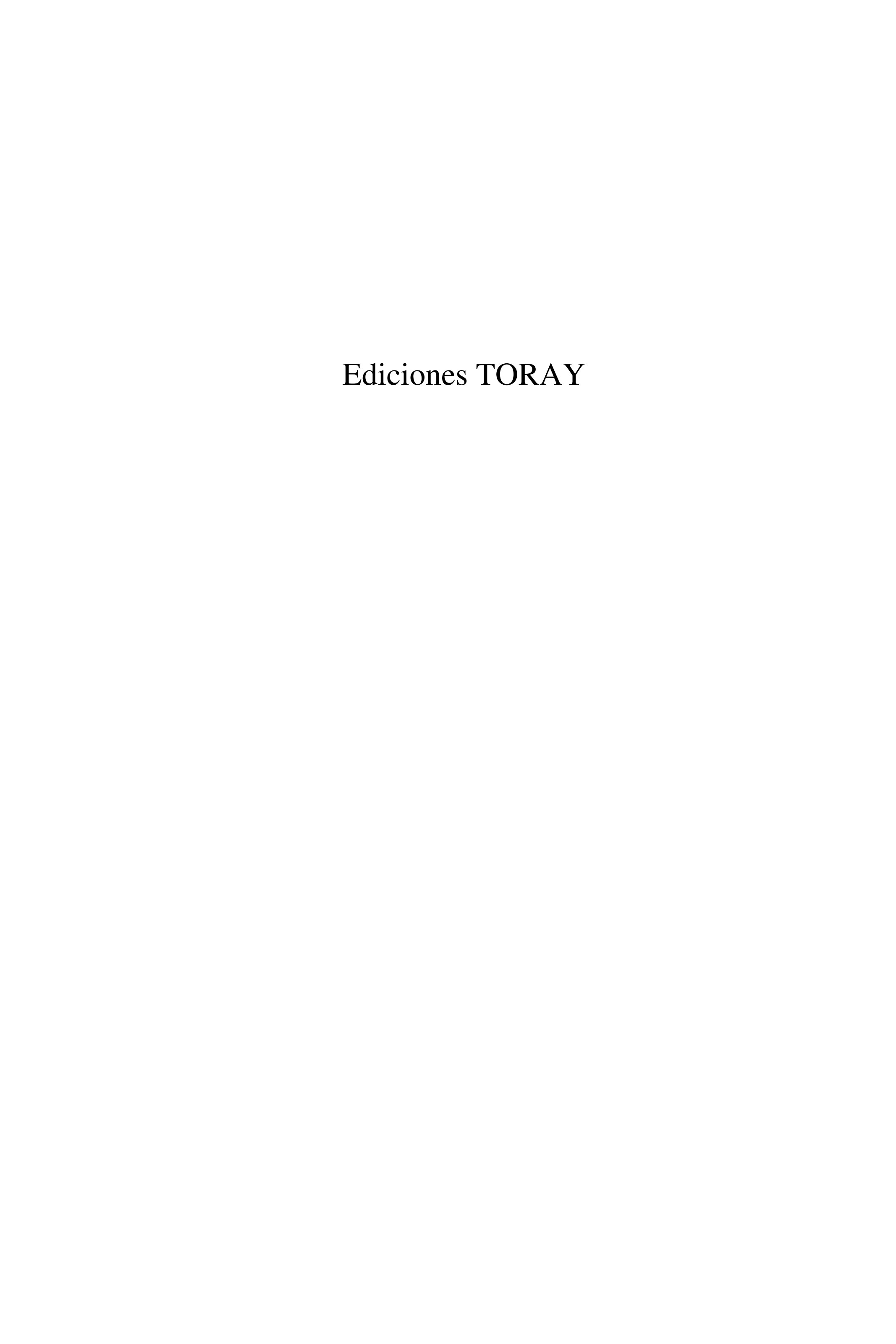

CIENCIA FICCIÓN
FRAUDE CON LA MUERTE
peter kapra

FRAUDE CON LA MUERTE

PETER KAPRA

FRAUDE
CON LA MUERTE


Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B. 26.799-1969

Printed in Spain *Impreso en España*

Impreso en los T.G. de Ediciones TORAY, S. A. - Espronceda, 320 Barcelona -13

Capítulo primero

Un automóvil de suspensión de aire, silencioso como la noche vacía, se detuvo junto a los muros de piedra del pequeño cementerio de Buckham. Había llegado con las luces apagadas y era un vehículo largo, oscuro, potente.

Sus portezuelas laterales se abrieron. Dos hombres, más bien dos sombras siniestras, saltaron a tierra cuando el coche se posó suavemente, falto de suspensión. Y como dos sombras negras, se acercaron al muro.

Uno de ellos iba provisto de una potente lámpara de rayos infrarrojos. A

través de los lentes parabólicos que cubrían sus ojos, los dos hombres podían ver en la noche como si el foco de la lámpara fuese un potente haz de luz blanca.

—Ayúdame, Heem —susurró una voz.

El aludido entrelazó los dedos de sus enguantadas manos. El que había hablado, y que llevaba la lámpara, colocó el pie, a la vez que se prendía la máquina de luz invisible de un gancho que llevaba al pecho, sobre el buzo negro. Luego se izó hasta alcanzar el muro.

—Voy. Aguanta, Pitcholy —dijo entonces Heem, con un débil hilo de voz.

Trepó por el cuerpo de su compañero y se encaramó en el muro. Ambos sujetos eran ágiles, fuertes y audaces. Una vez sobre el muro, Heem ayudó a subir a su compañero. Luego ambos se dejaron caer al otro lado, entre los arbustos.

Rápidamente, los dos intrusos se movieron hacia el interior del cementerio, cuyos pasos parecían conocer muy bien, alumbrados siempre por la luz que delataba los objetos, sin descubrirles a ellos.

No era necesario tomar tantas precauciones. El guardián del cementerio poco se podía imaginar que tenía tan cerca a dos ladrones de cadáveres, y estaba en su casa, contemplando un programa circense que retransmitía un canal canadiense de televisión.

Los dos misteriosos ladrones llegaron ante un mausoleo de piedra gris, que se alzaba en medio de un seto circular de cipreses. Por el suelo, sobre la grava, se veían numerosos pétalos de rosas.

—La llave, Heem —habló Pitcholy, tenuemente.

El otro sacó un objeto del bolsillo posterior de su buzo negro. Lo introdujo en la cerradura de la verja metálica. La puerta se abrió sin ruido. Había sido engrasada recientemente.

Al penetrar los dos hombres dentro del mausoleo, vieron una placa de bronce, sobre una repisa, donde se podía leer «Djinsky-Osgrodov-In memoriam».

En el suelo había una gran losa de piedra y una argolla. Fue preciso la fuerza de los dos hombres para alzar la losa y dejar al descubierto una escalera sombría que descendía al mismo santuario de los muertos.

Heem y Pitcholy no vacilaron, descendiendo hacia la gruta. Una vez allí, la lámpara infrarroja recorrió los estantes de piedra, en donde podían verse hasta seis sarcófagos de plomo.

El más nuevo estaba a la derecha. Aún tenía flores a su alrededor. Flores casi frescas. El entierro del general Len Djinsky se había realizado aquella misma mañana.

—Bien. No perdamos tiempo. Saca la «rueda» —habló Heem.

Su compañero llevaba un estuche oblongo en un bolsillo posterior. Lo extrajo y lo abrió. Dentro había un aparato, parecido a un pequeño taladro y varias ruedas dentadas, de serrar. Con gestos maquinales, Pitcholy ajustó una de las ruedas al eje de la máquina. Luego presionó un botón. La rueda dentada

empezó a girar vertiginosamente, sin ruido.

Aplicando la rueda a la superficie del ataúd de plomo, Pitcholy trazó en pocos minutos una hendidura en la tapa del féretro. La sierra se deslizó por el mismo ángulo a una velocidad inusitada. Fue preciso mover el pesado catafalco para poder desprender también la tapa por el lado de la pared. Pero los dos hombres actuaban con movimientos rápidos y seguros.

Cuando Pitcholy segó completamente la tapa, Heem la levantó, apoyándola a un lado. Inmediatamente, metieron las manos dentro del ataúd y procedieron a quitar los tornillos que cerraban la caja de madera que había dentro de la de plomo.

Al fin, apareció el cadáver de un hombre, de unos cincuenta años, de rostro blanco y sereno, que vestía el uniforme de las «Saetas Espaciales», con gran número de condecoraciones y medallas en el pecho. Un desintegrador de mano, desprovisto de su carga mortífera, estaba junto a las manos del muerto.

— ¡Vamos, Pitcholy, aprisa! —exigió Heem—. Nos estamos retrasando.

Entre los dos, siempre con manos enguantadas, extrajeron al difunto, cuya rigidez era patente, depositándolo en tierra. Luego colocaron la tapa del ataúd de madera y encima la plancha de plomo. Fue Heem quien, provisto de una especie de termocauterizador, accionado por potentes y pequeñas pilas, como la máquina de serrar, empezó a soldar el plomo con tal maestría que donde pasaba la punta incandescente del aparato, no se conocía que hubiese sido cortada.

Mientras tanto, Pitcholy recogía los ramos de rosas y los colocaba sobre el catafalco, como si nadie hubiese tocado allí.

Terminaron brevemente, examinaron la gruta, para que no hubiese ninguna huella de su paso, y luego procedieron a levantar el cadáver, llevándoselo escalera arriba. Tanto el desintegrador del muerto como las herramientas empleadas en la operación fueron guardados en los bolsillos de los dos ladrones de cadáveres.

También la losa del mausoleo fue colocada en su sitio y luego cerrada la verja metálica. Después de esto, Heem y Pitcholy se alejaron de las inmediaciones, regresando al muro, al otro lado del cual habían detenido su vehículo. Saltar el muro de piedra representó un poco más de trabajo, pero consiguieron izar el cadáver sobre el muro y descenderlo al otro lado, entre los dos. Por fin, lo metieron en el coche y revisaron el terreno, por si algo se les había caído.

Luego, satisfechos, se metieron en el vehículo, lo pusieron silenciosamente en marcha, y se alejaron de allí a velocidad moderada, hasta alcanzar la autopista magnética de seguridad, donde aquel coche negro se convirtió en un bólido supersónico.

* * *

Dinik Lirkay era ayudante del doctor Dimitrio Spask por una serie de circunstancias largas de enumerar. Una de las principales era que Spask y el

padre de Dinik habían sido íntimos amigos; otra era que la joven admiraba a Spask, y hasta le amaba —por expresarlo de algún modo— pese a la gran diferencia de edad que había entre ambos.

Ella tenía veinticuatro años y él había cumplido recientemente sesenta. Podía decirse también que Spask había dedicado a la ciencia cinco sextas partes de su vida, puesto que, desde los diez años, su inclinación hacia la medicina electrónica estuvo siempre de manifiesto.

Dimitrio Spask, pese a sus grandes conocimientos científicos, era un proscrito de la ciencia. Estaba desterrado en la Federación Americana por prácticas prohibidas. Le tuvieron encerrado más de un año en una prisión subterránea de los Balcanes.

Escapó, sobornando a un guardián, y logró huir.

Dinik, que estudiaba entonces en la universidad de Balmsk, sufrió mucho al saber las tribulaciones de su admirado maestro. Pero se alegró infinito al enterarse después, por agentes de la Federación Europea, que había escapado de su encierro.

El viaje de fin de carrera de Dinik coincidió con un intercambio de universitarios entre Europa y América. Dinik fue a Nueva York y ya no regresó a Balmsk.

Alguien la fue a buscar al hotel y la acompañó a Peew-kee, un desierto en pleno estado de Nevada. Allí, bajo tierra, estaba el más insólito y moderno laboratorio que ella había visto jamás. Allí la estaba esperando el viejo amigo de su padre, el doctor Dimitrio Spask, quien la abrazó, sonriendo alegremente.

De aquello hacía casi dos años... ¡dieciocho meses que Dinik había pasado prácticamente encerrada bajo tierra, disfrutando, muy de tarde en tarde, de los vivificantes rayos solares y del aire puro que refrescaba el desierto por las tardes!

¿Qué experimentos había estado realizando el doctor Spask?

Dinik sabía que era factible devolver la vida a un hombre al que la ciencia médica había dado por muerto. Spask lo demostró teórica y prácticamente, pero tropezó con las leyes humanas. El concepto de la muerte había sido, durante siglos, algo enteramente metafísico y, más recientemente, biosíquico.

Los magistrados de la ley se habían definido perfectamente en 1996, en 2043 y, más recientemente, en el año 2099. La muerte era sagrada, inviolable, incuestionable. Y si cardio y encefalogramas daban al individuo por muerto, nada se podía hacer ya por él. Se inhumaba o incineraba el cadáver y de la lista de los vivos se tachaba su nombre.

La muerte era también una cuestión administrativa. En el último debate del reciente Congreso sobre Legislación Universal, alguien puso a la orden del día el estudio sobre los ensayos biológicos electrónicos. Voces dignas de ser escuchadas, pregonaban por distintas partes del mundo que el hombre podía ser, prácticamente, milenario. No había razón para que a los cien años se muriese la gente.

Todas estas polémicas quedaron cortadas al decretarse, oficialmente, el

estatuto «Necrobiologic», que era un acuerdo entre los Senados de las tres Federaciones Mundiales, las mismas que, años atrás, habían decretado las leyes de la natalidad, dejándole a cada matrimonio el derecho a tener o no un solo hijo. Si se contravenía esta ley, la medicina decretaba la esterilidad.

Desobedecer leyes, no obstante, era tan fácil en el año 2099 como lo había sido siempre, en el transcurso de la historia. Si los agentes de la ley sorprendían al infractor, se le castigaba con prisión o trabajo forzoso. Si no se le sorprendía, en pocos años prescribía el delito.

Dinik, personalmente, había comprobado la muerte de Diomed Heem. Una serpiente venenosa le mordió en el desierto, cuando estaba trabajando en la instalación secreta del desierto Peew-kee. Todavía no estaban instalados los laboratorios. Lo que hizo Spask fue «hibernar» inmediatamente a Heem, a fin de conservarle incorrupto. Esto era fácil, dentro del «antitermo».

Cuando Dinik Lirkay llegó a Peew-kee, el doctor Spask estaba a punto de realizar su gran obra. Ella le ayudó, junto con Berkly, Orville y Emerson.

Fue un éxito magistral. Heem volvió a la vida, una vez le hubieron extraído el veneno que ocasionó su muerte. Ahora Diomed Heem colaboraba en el equipo de rescate del doctor Spask, y su labor, junto con la de Bime Pitcholy, era extraordinaria.

* * *

El automóvil de suspensión de aire descendió por la rampa a marcha lenta. La compuerta exterior se cerró herméticamente.

— ¿Todo bien? —preguntó la joven del cabello corto y pintado de blanco, que vestía un buzo ajustado, color violeta y de cuello abierto.

—Sí —contestó Heem, abriendo la portezuela y saltando afuera—. Ahí está el consejero del Espacio.

Bime Pitcholy también descendió, sonriendo.

Detrás de Dinik aparecieron otros hombres, todos vestidos como Heem y Pitcholy. Eran relativamente jóvenes. Todos miraron el cuerpo rígido del general Djinsky, casi con veneración.

— ¡Vamos! —exclamó Dinik, enérgicamente—. No perdamos tiempo. Sacarle... Don, la camilla.

De la cabina-ascensor sacaron una curiosa mesa de ruedas, provista de una caja inferior. Un tablero de mando permitía dirigir la mesa, que era autopropulsada. Entre todos colocaron el cuerpo sin vida del general Djinsky sobre la mesa. El llamado Don se cuidó de los mandos.

Regresaron a la cabina, mientras Heem volvía a subir al automóvil y lo dejaba deslizar suavemente por la rampa, para llevarlo al garaje subterráneo, donde había otros vehículos estacionados.

Mientras tanto, el grupo de Dinik descendía en el montacargas, hasta un pasillo profusamente iluminado y desierto, al fondo del cual había dos puertas giratorias. Las cruzaron y penetraron en un modernísimo laboratorio de medicina electrónica, donde un hombre de edad y rostro terso, sonriente, se

levantó de una mesa donde había estado trabajando.

Aquel hombre era el único que llevaba bata blanca, al estilo antiguo y tradicional de los médicos.

—Os he visto llegar por la pantalla de vigilancia interior —habló aquel hombre.

— ¡No podemos fracasar, doctor! —exclamó Dinik, nerviosamente—. ¿Verdad que no podemos fracasar?

—No, Dinik. La humanidad habrá de admitir que podemos vencer a la muerte. Una enfermedad diabólica se ha llevado al general Djinsky. Los médicos no han podido salvarle... ¡Pero nosotros lo haremos! Tengo aquí todos los datos clínicos de Len Djinsky. Su corazón falló durante la crisis. Nosotros le devolveremos la vida y él superará la enfermedad.

Una puerta blanca, junto al tablero de un control bio-electrónico, se abrió, apareciendo un hombre que vestía un traje azul, al estilo de la época. Tenía el aspecto de un hombre de negocios. Las microlentillas de sus ojos, empero, eran demasiado gruesas y tenía una mirada vidriosa.

— ¿Ya está aquí? —preguntó, mirando a la mesa sobre la que descansaba el cadáver.

—Sí, Hermann... Aquí está. Este es nuestro gran día. Todo en condiciones, para demostrar al mundo que la muerte puede ser vencida.

El hombre de los ojos saltones no respondió. Se acercó al cadáver y lo miró largamente. Luego, con los dedos desnudos, le tocó la mejilla, murmurando:

—Tiene usted que volver a la vida, consejero... ¡Tiene que hacerlo! ¡Hemos gastado millones de créditos en esto y todo el mundo sabe que usted ha muerto!

Dinik salió de la cabina y se acercó, mientras Heem quitaba el contacto.

—Descuide, Hermann. Puede seguir confiando en nosotros —habló el doctor Spask.

— ¿Cree que será necesario operarle primero?

—No. Pero tendremos preparado el plasma para hacerle una transfusión en cuanto reavivemos la circulación sanguínea... ¡Ah, hijos; preparad el «chorro iónico»!

Todos los presentes se movieron en torno a una gran campana de plástico transparente que había en el centro del laboratorio. Dinik Lirkay ocupó su sitio ante el control de reacción encefálica. Su trabajo era muy delicado y meticuloso. Diez agujas de precisión debían marcar los impulsos magnéticos que habría de recibir el cerebro de Djinsky. Tenía trazado un esquema de impulsos progresivo, cuyas graduaciones debía controlar matemáticamente.

Por su parte, Don Berkly, otro de los ayudantes de Spask, reactivaría electrónicamente los espasmos cardíacos, mientras que Maxim Orville, «Red» Emerson y el propio doctor Spask, utilizando cada uno «reactores» externos, de gran poder descoagulante, efectuarían el masaje por el cuerpo desnudo del general Djinsky, a quien Bime Pitcholy había despojado de sus ropas sobre la

misma mesa autopropulsada.

El hombre de «negocios» que patrocinaba aquella operación, y que ya había visto meses antes resucitar, por así decir, a Heem y Pitcholy, se sentó detrás de la mesa que antes había ocupado el doctor Spask. Entrelazó los dedos y apoyó su barbilla en las manos cruzadas, mirando fijamente el cuerpo que había debajo de la campana de plástico.

Aquel individuo, Hermann Bergerett, era archimillonario, aunque pareciese un pobre hombre. Su única debilidad en la vida era la inmensa necrofobia que padecía. Le aterraba la idea de la muerte.

Había ganado inmensas cantidades de dinero en las importaciones espaciales. Él fue causa de que el oro se convirtiera en un metal tan corriente como el hierro, debido a los inmensos cargamentos que trajo desde Saturno y sus satélites. ¡Oro hasta para hacer cajas de zapatos!

Bergerett poseía palacios en la Federación Americana. Era amigo de magistrados y consejeros, y lo había sido del general Djinsky. Pero, secretamente, a espaldas de la ley, que creía burlar impunemente, había hecho construir el laboratorio secreto del desierto de Peew-kee, donde instaló al hombre que había ayudado a escapar de Europa y a su equipo.

Hermann Bergerett no se había gastado millones de créditos en beneficio de la humanidad, porque era incapaz de ello. Lo hizo por sí mismo, por saberse seguro contra la muerte. Cuando le llegase la hora final, Spask y su equipo, le devolverían la vida... ¡Quería vivir mil años!

En el fondo de su alma, Hermann Bergerett era un infeliz.

En el laboratorio pronto empezó a sentirse la atmósfera densa que precede a los grandes acontecimientos. Todos ocupaban sus puestos, excepto Bergerett y Pitcholy, que eran allí meros espectadores.

Dinik recibió la señal para lanzar la primera onda impulsora cerebral. Su mano fina y serena presionó el primer pulsador.

—Va —dijo, mecánicamente.

Había ejercitado aquella operación, en vacío, durante meses. Fue el suyo un acto puramente mecánico.

Los «reactores» externos empezaron a funcionar también sobre la anatomía del difunto. Parecía como si chispas de vida brotasen de las puntas de las máquinas, para introducirse en el cuerpo inerte.

Fue Berkly quién dio el primer aviso positivo.

— ¡Primer espasmo!

Hermann Bergerett se incorporó a medias, mordiéndose ahora las uñas.

— ¿Qué, doctor Spask? ¿Qué?

—Tranquilícese. Tómese un cordial. Lo necesita Estará usted viendo esto toda su vida y no lo creerá nunca... Unos minutos más y la sangre quedará descoagulada, ¿verdad, pelirrojo?

«Red» Emerson, que trabajaba especialmente sobre la cabeza del muerto, asintió.

—Abrirá los ojos, jefe. Y nos dará usted un millón de créditos a cada uno

para irnos a Florida de vacaciones durante unos meses.

—Sí, «Red». Te lo aseguro. Podéis disponer de mi finca de Miami... Necesitáis sol y aire.

—Quizá tenga tiempo para declararme a Dinik —habló Don Berkly, medio en broma.

La muchacha se volvió y lanzó una blanca sonrisa al americano.

—Si no estuviese reclamada por la ley, te diría que sí y me casaría contigo, para que supieras lo que es convivir con una mujer.

— ¡Silencio! —rogó Dimitrio Spask, con su peculiar acento exótico—. ¿Cómo van los impulsos, Dinik?

—Correctos.

—Aumenta dos grados.

—Sí.

—El corazón revive — dijo Don Berkly, sin entonación en la voz.

—Bime, prepara el transfusor.

Pitcholy arrastró una máquina de ruedas, del que salían varios tubos de plástico flexible, a cuyos extremos parecían haber colocado jeringas hipodérmicas. Reguló un dial y presionó un pulsador, poniendo la máquina en marcha.

La función de aquel moderno aparato era extraer la sangre que los «reactores» externos estaban reactivando, e inyectar nuevo plasma, para extender el riego sanguíneo.

Fue Maxim Orville quien tomó las jeringuillas, dejando su «reactor», y las hundió lentamente en los brazos del hombre al que se pretendía resucitar.

— ¡Más impulsos, Dinik! —exigió Spask, que empezaba a sudar copiosamente.

Ella obedeció.

— ¡El sístole se dilata! —exclamó Don, para añadir, casi inmediatamente —: ¡Ya late!

—Ayúdale con los impulsores... ¡Masaje, «Red»!

Hermann Bergerett no pudo resistir más y se acercó a toda prisa. Tenía descompuesto el semblante.

— ¿Qué? — preguntó.

—Ha vuelto a la vida, Hermann.

El millonario estuvo a punto de desmayarse de alegría. ¡Al fin! Ahora podría demostrar que el hombre era capaz de vivir todo el tiempo que la ciencia quisiera... ¡Quinientos, mil años!

Él haría modificar las leyes del estatuto «Necrobiologic». Djinsky le ayudaría o sería ejecutado, porque... ¡estaba muerto oficialmente!

Capítulo II

— ¡Eres un oficial incompetente, Juliu! —gritó la voz por el interfonovisor, porque el aludido había cortado ya la imagen de la pantalla, con un gesto rápido de su mano huesuda.

— ¡Y tú un imbécil, Pat! —replicó Juliu Beltsy, aunque no le importaba un ardite que su jefe pudiera oírle.

Más que jefe, Pattershan era amigo de Juliu. Ingresaron al mismo tiempo en J.C.P. (Cuerpo Jurídico de Policía), cuando ambos tenían catorce y dieciséis años respectivamente —de esto hacía ya más de quince— y juntos estudiaron y se graduaron como oficiales. Después la suerte acompañó más a Pattershan, o los servicios que le encomendaron fueron más fáciles de solucionar, porque Juliu Beltsy solo era oficial inspector, mientras que su amigo era oficial jefe de grupo.

Veinte hombres mandaba Pattershan. Uno de ellos era Juliu.

Este era un hombre de treinta años, alto, delgado y fibroso, cabeza noble y proporcionada y rostro un tanto anguloso. Sus ojos eran pardos y su cabello, muy corto, parecía de cobre viejo.

Juliu Beltsy vestía de «paisano», o sea, como le daba la gana. Poseía varios uniformes negros de servicio y uno plateado, de gran gala, para las solemnidades del cuerpo al que pertenecía. Y ser policía, en aquella época, era un privilegio al que muy poca gente podía aspirar, remunerado con un sueldo incorruptible y elevado, y unos conocimientos legales y sicológicos como jamás habían soñado los miembros del sufrido cuerpo de policía de todo el mundo.

Ser policía significaba mucho. Era necesario aprobar la carrera de leyes, la

de medicina y la de militar; todo en un bloque de estudios que duraban casi quince años. En realidad, un oficial inspector siempre estaba estudiando, aunque para ello contaba con los maravillosos servicios de la ciencia y la técnica más avanzada.

Como ejemplo de esto, Juliu Beltsy podía conseguir, en pocos minutos, la ficha de cualquier ciudadano de la Federación Americana, que comprendía un número de tres mil millones de cartulinas de plástico, en donde los servicios de identificación anotaban, periódicamente, todas las vicisitudes de la persona allí antropométricamente clasificada.

Juliu Beltsy se conocía de memoria todas las leyes y decretos del Senado Federal. Una consulta que se le hiciera al respecto debía ser contestada inmediatamente y sin vacilar. Cualquier contribuyente podía, en un momento determinado, dirigirse al departamento de información legal, y preguntar por tal o cuál ley, disposición o decreto, y los oficiales de servicio debían responder.

El público tenía derecho a estar enterado de sus deberes por complicados que fueran. Y el J.C.P., único organismo legal en toda la Federación, era el encargado de hacer respetar las leyes. No había más autoridad que la fuerza pública. El ejército espacial no tenía ninguna autoridad sobre la superficie de la Tierra.

Pero un oficial de policía tampoco podía venderse a nadie, ni aspirar a cargo político. Obedecía unas reglas tan estrictas y severas como las de un empleado de banco.

Sin embargo, un policía era un ser humano y podía tener momentos de malhumor. Juliu Beltsy estaba pasando por un trance de desesperación casi angustioso, y todo por culpa de la carpeta verde.

En riguroso sorteo, Juliu Beltsy había sido agraciado con una carpeta, color verde, de plástico, en donde estaban diecinueve casos de inmigración clandestina sin resolver. Diecinueve nombres que bailaban constantemente en su cabeza, como si fuesen seres malditos e invisibles, que la ley no podía atrapar.

Casi todos eran individuos denunciados por sus colegas de la Federación Europea, huidos, como Dimitrio Spask o Dinik Lirkay, ambos científicos. Había un francés, reclamado por estafa al banco nacional, un desertor de las fuerzas espaciales. Los demás eran marineros, y por lo tanto, los más difíciles de localizar. Constantemente, arribaban barcos de todas partes del mundo a los muelles americanos. Los marineros eran gente incontrolada, aventurera y levantisca. Viajeros profesionales que se ayudaban unos a otros en continuo desacato a las leyes emigratorias. Si los marineros se lo hubiesen propuesto, con la escasa vigilancia que había en los muelles, el equilibrio demográfico de las tres federaciones mundiales ya habría sido roto.

Pero los marineros, en sí, preocupaban poco a Juliu Beltsy. Su obsesión estaba centrada en el desertor, en el timador y, especialmente, en los dos científicos, un hombre de sesenta años y una mujer de veinticuatro... ¡Y, por

cierto, muy bella!

Juliu tenía varias fotografías ampliadas de Dinik. Conocía aquel hermoso semblante, de tanto estudiarlo, como si fuese suyo. Diez mil metros de película había repasado contemplando grandes concentraciones humanas, y jamás vio a nadie de la carpeta verde. Era como si hubiesen muerto y destruido sus cadáveres.

Primero, Juliu se había cerciorado de un dato importante. Los diecinueve reclamados ¿estaban o no en la Federación Americana? Esto le hizo perder muchas semanas, consultar datos estadísticos, fichas y largas listas de viajeros, interrogar a centenares de personas. Al final, podía afirmar científicamente que, si no habían muerto y destruido u ocultado sus cadáveres, aquellas diecinueve personas estaban ocultas y confundidas entre los tres mil millones de seres que habitaban la Federación Americana.

Esto era desconsolador para Juliu Beltsy, quien podía contar con mil ayudantes subalternos, si los necesitaba, para resolver su problema. Y, por si fuese poco, el escrito dirigido por el general jefe del Cuerpo Jurídico de Policía europea acababa de darle el golpe de gracia.

En Europa preguntaban si podían enviar a alguien para ayudarles a localizar a Dimitrio Spask y Dinik Lirkay. Del desertor y del estafador no hablaban.

La importancia de los dos científicos era indudable, debido a la fama que envolvía a Spask, el «resucitador» de muertos.

La puerta del despacho de Juliu se abrió y apareció Pattershan. Era también alto, más fornido que Juliu y de semblante curtido.

Juliu no se molestó en levantarse. Indicó a su amigo un asiento ortopédico, mascullando:

—Suéltalo todo y lárgate. Estoy ocupado.

— ¡Tienes que escucharme, Juliu! Estamos en Nueva York y no en Monbazi... ¡Y esta ciudad tiene fama que tú no puedes desprestigiar!

—Ocúpate tú de la carpeta verde —rezongó Juliu, con hastío.

— ¡No se trata de esa maldita carpeta!

— ¿De qué, pues?

—De Spask y Dinik Lirkay. Los demás no me interesan. El comandante Rutherford me llamó anoche.

—Y ¿qué te dijo?

—Que esas dos personas tienen que aparecer, cueste lo que cueste.

—He hecho cuanto he pedido. Nadie hubiese hecho más. Y el resultado ha sido negativo... Yo sé lo que esas dos personas representan. Si el doctor Spask realiza sus experimentos en nuestra Federación será el caos... ¡Pronto empezaremos a ver difuntos paseándose por la calle o tomando el sol!

»Ya no basta con que un hombre pudiente se haga cambiar todos los órganos de su cuerpo, excepto el cerebro, que se cambie la piel del rostro y hasta las uñas de los pies... ¡Ahora incluso se resucita a los muertos!

»Todo eso lo sé, Pat —continuó Juliu, cada vez más acalorado—. Y

sospecho, por los indicios obtenidos, que Spask y Dinik Lirkay están trabajando juntos en algún lugar de nuestra vasta geografía. Pero ¿dónde? ¿Puedes darme alguna pista?

—No. Sin embargo, voy a pretender ayudarte —dijo Pattershan, tomando asiento—. Vamos a charlar tú y yo, ¿quieres? Realizaremos, sin enfadarse, un estudio hipotético de lo que esos científicos de la muerte pueden estar haciendo.

—Sí, empezaremos porque alguien les ayudó a llegar hasta aquí.

—De acuerdo. Admitida la ayuda. Son extranjeros y están protegidos, porque, de lo contrario, los habríamos localizado —apoyó Pattershan—. Incluso puede que estén dentro de algún lugar secreto, laboratorio particular o privado, y hasta cabe que algún científico americano los esté apoyando.

—No están en ningún centro de estudios biológicos, quirúrgicos, electrónicos ni siquiera siquiátricos —replicó Juliu—. Lo he comprobado, realizando personalmente dos mil visitas y efectuando ocho mil comprobaciones de 3DM directas.

—Sí, sé eso. Y hemos recibido más de mil quejas. Pero déjame continuar. Rutherford me dio una idea.

—Por algo cobra ochenta mil créditos y yo solo cuarenta.

—Te bastan y te sobran esos cuarenta. El cuerpo paga tus gastos de servicio activo, y a él no.

Juliu Beltsy sonrió por vez primera.

—Eres un buen chico, Pat.

—Déjame continuar. ¿Qué puede necesitar Dimitrio Spask para realizar clandestinamente sus experimentos prohibidos?

— ¿Es la idea de Rutherford? —inquirió Juliu.

—Sí.

—Hace tiempo que la olvidé... ¡Y no cobro tanto como él! Si Spask se atreve a practicar en América con cadáveres, ya le habríamos atrapado.

— ¿Y si lo ha hecho aisladamente?

— ¿Qué quieres decir? —inquirió Juliu, interesado en extremo.

—Quiero decir muchas cosas, amigo mío. Vamos a suponer que Spask sea capaz de devolver la vida a un hombre. Es ilegal, de acuerdo. Pero el que vuelve a la vida también se encuentra ilegalmente entre nosotros...

Juliu se inclinó hacia su jefe y amigo.

—Apasionante cuestión, ¿eh? Si encuentro un «muerto» caminando por la calle, mi obligación es matarlo. Nosotros los matamos y Spask les devuelve la vida.

—Es mejor encontrar a Spask e impedir que continúe realizando esas prácticas ilegales.

—Tate, Pat —atajó Juliu, secamente—. Hay algo que debo exponer, antes de seguir adelante.

— ¿Qué?

—Jamás creeré, pese a mis bromas, que nadie sea capaz de devolver la

vida a un muerto auténtico.

—Parece ser que Dimitrio Spask sí que puede.

—Me gustaría encontrarle para demostrarle que solo es un farsante o un loco.

— ¿En qué te fundas para decir eso?

—En algo tan antiguo como el Sol, en la ley natural de todo el Universo. Nada desaparece, nada se pierde, todo se renueva, nacen unos y mueren otros... ¡Pero la muerte es muerte y la vida es vida!

—Parece ser que en Europa, Spask devolvió la vida a un muerto.

— ¡Si le devolvió la vida es que no estaba muerto! ¿Tú crees posible que alguien pueda resucitar a Tutankamon?

—No, desde luego. Pero estamos apartándonos de la cuestión. Aquí se trata únicamente de encontrar a Spask. Creo que Dinik Lirkay, por la amistad que unió al padre de ella con Spask, puede estar con él.

»Ahora déjame exponerte la idea de Rutherford. Parece tonto, pero no lo es.

—Tengo mis dudas —replicó Juliu, con escepticismo.

—Resérvatelas. Rutherford opina que si Spask quiere que el Senado modifique la ley «Necrobiologic», cosa improbable, por tratarse de un acuerdo trifederativo, necesita efectuar una experiencia reveladora, algo que no pueda ser replicado y que, al mismo tiempo, nos ponga en una situación delicada.

—No entiendo —confesó Juliu, escuchando atentamente.

—Rutherford tiene una teoría que puede conducirnos a localizar a Dimitrio Spask a través de algún ilustre difunto. Imagina que tú eres Spask y que sabes más de medicina electrónica que nadie en estos planetas nuestros, pero tanto la ley como la gente no te creen. ¿Qué harías?

—Una demostración espectacular —replicó Juliu, sin vacilar.

— ¡Exacto! Una demostración que deje boquiabiertos a todos. Devolverías a la vida a un muerto ilustre, alguien sobradamente conocido y que haya fallecido recientemente.

—Empiezo a comprender —admitió Juliu—. Por el muerto podemos encontrar al «resucitador».

—Exacto. Se trata de repasar las listas de los personajes importantes recientemente falle...

— ¿Quién mejor que Len Djinsky? —soltó Juliu, impremeditadamente.

—Sí, ¿quién mejor que él?

* * *

Buckham era una población de diez mil habitantes, aislada, veraniega, junto a un precioso lago. El Consejero del Espacio, Djinsky, estaba tan enamorado de Buckham, donde poseía su familia una finca de recreo, que expresó en su testamento el deseo de ser enterrado allí, con sus antepasados.

El oficial del J.C.P. local era casi un desterrado. Se llamaba Jeer Olmy y contaba cincuenta y seis años. Jamás ascendió por méritos de servicio, sino

por años en activo.

Además era el primer caso importante, quizá, con el que se encontraba en su carrera. De no haber sido por la rápida llegada de Juliu Beltsy, no habría sabido cómo desenvolverse en el extraño caso.

Había sido Jeer quien comprobó la desaparición del cuerpo de Len Djinsky-Osgrodov. La oficina central del J.C.P., en Nueva York, le pidió la exhumación secreta de la tumba del Consejero del Espacio, recientemente fallecido.

¡Y Jeer Olmy se encontró el féretro vacío!

Tras comunicar a Juliu esta noticia increíble, Jeer se sentó a esperar. Pocas horas después, Juliu, Pattershan, el comandante Rutherford y una docena más de oficiales inspectores llegaban a Buckham.

Juliu no perdió ni un instante.

— ¿Vacía, Jeer?

—Vacía.

— ¿Huellas, rastro, particularidades...?

—Nada. Un trabajo perfecto. El ataúd exterior, de plomo, parecía intacto. ¿Quieren ver la película que hemos tomado?

Rutherford, un hombre fornido y de cabeza pequeña, intervino:

— ¿Hay mucha gente enterada de esto?

—El enterrador Simms, el fotógrafo Gilbraith y el plomero Gray. Todos, siguiendo instrucciones, están encerrados e incomunicados.

—Bien. Examinaremos el cementerio. Pattershan, no deje un milímetro cuadrado del cementerio sin remover. Echen a los extraños. Este trabajo ha de ser rigurosamente secreto.

Las fuerzas del J.C.P. se estaban apoderando ya del cementerio. Cada oficial venía provisto de distintos aparatos de medición y comprobación, con los que efectuaron un examen tan concienzudo como meticuloso.

Cuatro horas después, Pattershan informaba al comandante Rutherford, en un hotelito del lugar. Juliu Beltsy estaba presente y cabizbajo.

—Fueron dos hombres —empezó diciendo Pattershan, que consultaba su bloc de datos—. Llegaron con un vehículo de suspensión de aire, saltaron el muro por la parte norte, y, sin vacilar, provistos de una lámpara de rayos infrarrojos, se dirigieron al mausoleo de la familia Djinsky-Osgrodov. Allí penetraron en la gruta, abrieron el ataúd de plomo y sacaron el cadáver del general Djinsky, llevándoselo.

»Tenemos casi la certeza de que eran hombres fornidos, de un metro noventa y un metro ochenta y dos, de setenta y setenta y ocho kilos de peso.

»Se está comprobando, entre la gente que asistió al funeral, si habían dos hombres así, forasteros. No tenemos muchas esperanzas, porque fueron miles las personas que acudieron al sepelio, pero comprobaremos esos datos, por si alguien los recuerda.

—Bien. De momento, sabemos que el cuerpo del consejero Djinsky ha desaparecido. Y eso parece confirmar mi teoría.

—No existe ninguna prueba de que Dimitrio Spask sea el responsable de esa desaparición, señor —habló Juliu, lentamente.

—Sin duda que no. Pero mi intuición nos ha llevado a descubrir la desaparición del cuerpo de Djinsky... ¡Y eso es un delito grave! —exclamó Rutherford, ufano y seguro de sí mismo—. De modo que si logramos averiguar quiénes se han llevado al consejero...

—Si supiéramos que ha sido de Spask y dónde se encuentra... —empezó a decir Pattershan.

—Me conformo con saber dónde se encuentra —replicó Juliu, volviéndose a Jeer Olmy, que también se encontraba presente—. ¿Recuerdas la gente que vino a presenciar el entierro?

— ¡No, por Dios! —exclamó el oficial local.

— ¿Hay crónicas?

—Sí.

— ¿Puede traerlas?

—Desde luego —dijo Olmy, abandonando la estancia.

Los otros tres continuaron divagando en torno al caso, hasta que regresó Jeer Olmy con varios sobres metálicos, que dejó ante Rutherford.

— ¿Quién se encarga de esto?

—Juliu Beltsy —dijo Pattershan.

—Estuvo aquí Hermann Bergerett.

— ¿El archimillonario? —preguntó Rutherford, pensativo —. He ahí un hombre capaz de financiar todos los trabajos de Dimitrio Spask.

—Bergerett y el general Djinsky eran amigos —explicó Jeer Olmy—. Vinieron juntos a veranear varias veces a la finca de los Djinsky.

— ¿Quién vive aquí?

—Nadie. Todos los parientes del consejero viven en Nueva York. Aunque, la hija menor del general, Erna Djinsky, creo que aún está aquí. Se ha quedado después del entierro de su padre.

—Iré a verla —dijo Juliu, anotando algo en un bloc que sacó de su bolsillo interior—. Puede saber algo.

* * *

Erna Djinsky era una mujer de veinticinco años, morena y hermosa. Recibió a Juliu en un espacioso salón dorado, de estilo antiguo.

—Siéntese, oficial —dijo, con voz melosa y algo triste.

Juliu se fijó en que Erna Djinsky no vestía de luto, que su cabello era corto y su figura era incitante, tentadora, delgada y esbelta.

— ¿Vive usted sola aquí?

—Sí. No necesito a nadie. He preferido quedarme a pasar unos días de recogimiento. En Nueva York tengo excesivo trabajo... ¿A qué debo el honor de su visita? ¿Usted no pertenecía a la escolta de mi padre, verdad?

—No —negó Juliu—. ¿De qué murió su padre?

—Lo sabe todo el mundo. Sufrió una embolia. Pareció que los médicos

iban a salvarle, pero tuvo una recaída y...

—Los hombres públicos suelen morir de enfermedades públicas —dijo Juliu—. Quiero decir que, a veces, por conveniencias políticas, conviene decir una cosa en vez de otra.

— ¿A qué viene ahora esto? —preguntó la joven, tenso el semblante, poniéndose en guardia contra Julia, pese a que el aspecto del oficial le había gustado a primera vista—. ¿Ha surgido alguna duda sobre la muerte de mi padre?

—Podría ser. ¿Qué médicos le atendieron?

—Todos eran médicos oficiales, de la consejería del espacio... El doctor Hert... Arthur Bromdley... Cuss Lorrain.

—Bien, gracias. Es suficiente. Dígame otra cosa. ¿Conoce usted al señor Bergerett?

— ¡Oh, Hermann, desde luego que sí! Es muy amigo de la familia.

—Un hombre muy rico, ¿eh?

—Inmensamente rico. Todo el oro que ve usted aquí nos lo proporcionó él cuando todavía era un metal precioso.

— ¿Le interesaba a Hermann Bergerett la amistad de su padre?

—Hermann se ha dedicado a la importación de materiales extraterrestres. Mi padre fue coronel de coordinación espacial. Tenían estrecho contacto. Con frecuencia, Hermann pedía favores a mi padre.

— ¿Los pagaba bien estos favores el señor Bergerett?

Erna enrojeció y exclamó:

— ¡Está usted ofendiendo la memoria de mi padre, señor Beltsy!

—No era esa mi intención, desde luego. Realizo una investigación. ¿Sabe si Hermann Bergerett ha instalado alguna clínica o laboratorio últimamente?

—No. Sé que sus actividades son muchas, pero ignoro ese detalle.

—Hábleme de Bergerett. Cuénteme todo lo que sepa de él.

—Debe estar ahora muy consternado por la muerte de papá. Su necrofobia es terrible... ¡No vive pensando en la muerte!

Capítulo III

— ¡Eh! ¿Qué tal, amigos? —exclamó «Red» Emerson, agitando el abanico hacia Don Berkly y Maxim Orville, que subían por el camino de la playa, entre los frondosos y bien cuidados árboles de la finca «Ernadom», propiedad del archimillonario Hermann Bergerett.

— ¡Maravilloso, «Red»! —respondió Don—. Jamás hubiese creído que existiesen lugares semejantes. Esto es un paraíso.

Una de las camareras de esbeltas piernas, cintura breve y busto prominente, salió a la terraza con una bandeja en donde había tres ponches helados.

—Gracias, Gelly —dijo «Red», incorporándose.

—Les he visto venir del baño y he pensado que...

— ¡Eres adorable, Gelly! —exclamó Don, abrazando a la camarera y besándola.

Ella sonrió agradablemente. Los invitados del señor Bergerett no le eran indiferentes.

— ¿Dónde está el viejo Dim? —preguntó Maxim, sentándose en una silla extensible.

—En el despacho, leyendo.

— ¿Y Diana? —añadió «Red».

—Con el modisto.

— ¡Vaya, a nuestra amiga le ha dado por los trapos! Gracias, Gelly. Puedes retirarte.

La camarera sonrió de modo muy agradable y luego se alejó.

Con los refrescos en la mano, los tres científicos jóvenes se miraron.

—No podemos quejarnos, ¿eh? El negocio no puede ir mejor... No un millón de créditos, sino dos por cabeza. Y los cuatro millones del viejo y de Dinik también nos corresponden.

— ¡Desde luego que sí! —prorrumpió Maxim—. ¿Para qué quieren esos extranjeros tanto dinero?

Don Berkly dejó ir una risita.

—El general es un hombre astuto y sagaz. Conseguirá todo lo que se ha propuesto.

— ¡Y nosotros estaremos con él en la cumbre! —añadió «Red».

Don Berkly se cubrió los ojos de los rayos del sol, con el brazo, y murmuró:

—Hemos de ser precavidos, sin embargo. Si el general considera que somos un estorbo, puede eliminarnos.

— ¡Diablos, no! ¿Qué te hace pensar eso? —preguntó «Red».

—No lo sé. Quizás sea el instinto. Todo está saliendo de maravillas. Y nadie se ha dado cuenta todavía.

—El complot es bueno. El único engañado es Bergerett y la verdad no la sabrá nunca, porque, una vez muerto, ¿quién le va a decir que le hemos tomado el pelo?

—Yo, desde luego, no.

— ¡Chist, que viene alguien! —exclamó Maxim, que miraba hacia una de las puertas de la terraza.

Era Dinik Lirkay, escultural, preciosa y luciendo un insignificante traje de baño de dos piezas.

— ¿Qué estáis haciendo aquí, gandules? —exclamó Dinik, al ver a sus compañeros.

—Reposo, querida. Nos lo tenemos bien ganado. Hemos permanecido dos años en Peew-kee. Unos meses en este edén es lo que necesitábamos.

— ¿Cómo está el agua, Don?

—Celestial.

—Voy a darme un baño antes de comer. ¿Me acompañáis?

—Max y yo hemos venido hace un instante. Ve tú sola. No hay tiburones.

—Que os divirtáis con las camareras.

Los otros rieron y Dinik se alejó, casi arrastrando su toalla, por el camino sombreado y de fina arena que conducía a la solitaria y preciosa caleta privada de la finca.

Las olas rompían mansamente sobre la limpia y amarilla arena. El mar estaba transparente y azul. A media milla, sobre la cubierta de un pequeño balandro a la deriva, un hombre tomaba el sol. Debía de ser algún turista de la vecina ciudad.

Después de probar el agua con la punta del pie, Dinik se caló el gorro elástico que protegía la pintura de su cabello, y se zambulló en el agua cristalina y maravillosa; dio unas cuantas brazadas y luego se volvió con voluptuosidad.

Después de haber permanecido tanto tiempo encerrada en el laboratorio subterráneo del desierto de Peew-kee, sentía placer de vivir.

Estaba satisfecha del éxito obtenido. El doctor Spask pronto sería famoso en el mundo entero y se terminaría su clandestinidad en la Federación Americana. El general Len Djinsky-Osgrodov estaba vivo.

Ahora vivía con Hermann Bergerett en una finca de montaña, propiedad de este último, en donde se estaba preparando la revolución más sensacional de todos los tiempos.

Ella y el equipo de Dimitrio Spask habían cumplido su misión con el general consejero del Espacio. Sabía, porque se lo había oído decir a Hermann, que preparaban «algo gordo». El decreto «Necrobiologic» tendría que ser abolido, o Djinsky, vuelto a la vida, se encontraría en una posición inestable o ilegal.

Pero esto a ella no le importaba. Estaba pensando en las palabras que le

dijera aquella mañana, por visófono de larga distancia, Bime Pitcholy, desde Las Vegas:

«— El laboratorio está muy solo sin ustedes. Me gustaría que se muriese algún pez gordo para que volvieran ustedes aquí pronto.

«—No te preocupes, Bime. A nuestro regreso podréis disfrutar también de vacaciones tú y Heem. Lo merecéis tanto como nosotros. Pero es preciso que alguien vigile todo eso.

Evocando los días pasados en el laboratorio, Dinik suspiró. Le gustaba Miami y su vida nocturna. Pero el trabajo en Peew-kee era tan apasionante...

— ¡Hola, bella nereida! —exclamó una voz viril, cerca de ella.

Dinik se sobresaltó. Chapoteó en el agua, volviéndose y viendo, a escasa distancia, el balandro blanco y al individuo moreno que ahora estaba incorporado, mirándola.

— ¡Oh, me ha asustado usted! Creí que estaba más lejos.

—Me he acercado al verla... La he estado mirando con los prismáticos.

— ¿Espiándome?

—No, admirándola. No se suelen ver mujeres tan lindas por estas playas... ¡Ah, permítame presentarme! Mi nombre es Juliu Beltsy. Vivo en la finca que colinda con la del señor Bergerett. Llegué ayer de Nueva York, a pasar unos días. Mis sirvientes me han dicho que el señor Bergerett no está aquí, pero que tiene invitados.

—Sí... Disculpe, señor Beltsy. No me gusta hablar con desconocidos.

Dinik estaba advertida por Spask para no entablar amistades que podrían comprometerles a todos.

Por este motivo, braceó rápidamente, alejándose de la proximidad de aquel hombre joven y apuesto, quien se quedó sonriendo, al verla alejarse.

* * *

Aquella misma noche, en un «danzing» de moda, en Miami, Dinik volvió a ver al hombre del balandro. Iba acompañada por Don Berkly y ambos tenían reservada una mesa, junto a la pista.

Juliu Beltsy, con un elegante traje de verano, estaba sentado en la barra, tomando un combinado, en compañía de una mujer rubia platino, esculturalmente modelada y de un «sexy» indiscutible.

Al entrar Dinik y Don, Juliu se inclinó hacia su compañera y le dijo algo. La rubia se volvió, con disimulo y examinó a la pareja.

Poco después, Juliu y su «partenaire» bailaban en la pista, suavemente, llamando la atención. Al pasar cerca de donde estaba Dinik y Don, Juliu se detuvo y saludó:

—Buenas noches... No esperaba volver a verla tan pronto.

—Oh... Perdone, no le había reconocido.

Don Berkly miró a Juliu y luego a su compañera. En esta se entretuvo algo más que en él, no pudiendo disimular el placer que le ocasionaba, puesto que se levantó inmediatamente.

— ¿Conoce usted a Diana? —pareció sorprenderse.

—Sí, tuve ese placer esta mañana, mientras nos bañábamos. Resulta que mi finca colinda con «Ernadom» —explicó Juliu—. ¡Ah, permítanme presentarles a mi hermana Betty!

La rubia platino envolvió a Don Berkly en una mirada incendiaria, suavizada por una deslumbrante sonrisa.

Dinik, por su parte, sintió como si un peso se le hubiese quitado de encima al saber que Betty era hermana de su casual vecino.

— ¿Por qué no se sientan con nosotros? —propuso Don, inmediatamente —. Los vecinos de veraneo deben conocerse sin perder tiempo.

—Tenemos una mesa allá —dijo Juliu.

—Tienen sitio aquí —insistió Don—. Por favor, señor...

—Beltsy... Juliu Beltsy. ¿Qué te parece, Betty?

—Los amigos de Hermann Bergerett son amigos nuestros, Juliu... Encantada —dijo la rubia platino.

Don le cedió su asiento. Un camarero se acercó solícitamente y les proporcionó dos asientos más a los hombres.

—Ha sido una casualidad encontrarles aquí. Pero todavía no tengo la dicha de conocer sus nombres.

—Ella es Diana Kay. Yo soy Don Berkly.

—Mucho gusto.

Dinik admiró las preciosas joyas, de alto precio, que lucía Betty en la cabeza, el cuello y los brazos. Era un conjunto de diamantes lunares rosados, que debían valer una fortuna. En cambio, ella no lucía más que un brazalete de platino, con pedrerías, regalo personal de Bergerett. Su vestido de noche, empero, era tan distinguido como el de Betty.

—Desde luego, me alegro muchísimo de volverla a ver. Nada usted maravillosamente —halagó Juliu, mirando a Dinik—. Y por su acento deduzco que no es usted americana.

—Diana nació en Zagrev, pero está nacionalizada en la Federación Americana desde hace unos años —explicó Don—. Pertenece a la plantilla de la Universidad biológica de Connecticut, de la que es mecenas el señor Bergerett.

— ¡Ah, doctora en biología! —exclamó Betty—. ¡Qué interesante!

— ¿A qué se dedica usted, señor Beltsy? —preguntó Dinik.

—A nada. Soy médico y no ejerzo. Soy abogado y tampoco ejerzo...

— ¡Y es también piloto espacial deportivo! —añadió Betty, con entusiasmo.

—Nuestro padre nos dejó una cuantiosa fortuna en acciones de centrales termonucleares. De eso vivimos. Temporada en Miami, temporada en Nueva York o Los Ángeles y alguna temporada en Europa —explicó Juliu, con aire desenvuelto—. Para celebrar nuestro encuentro, permítanme invitarles a un auténtico champán francés, con más de cien años de antigüedad.

A una seña de Juliu, se acercó unos de los camareros.

—Por favor, Clem. Una botella del mejor, helado, y copas.

—Sí, señor Beltsy —replicó el camarero, inclinándose respetuosamente.

Don Berkly no perdió el tiempo e invitó a bailar a Betty, dando así ocasión a Juliu para hablar a solas con Dinik.

—No sabe usted cuánto me alegro de haberla vuelto a ver, señorita Kay. Esta mañana quedé gratamente sorprendido al verla.

— ¿Con los prismáticos?

—Sí, denuncio mi curiosidad.

— ¿Qué le parecí, vista de tan cerca? —coqueteó ella, que era mujer, después de todo.

—Fascinante. Confieso que jamás he encontrado una mujer tan interesante como usted.

— ¡Lo dudo! Ha viajado usted mucho.

—Es cierto. Pero digo la verdad.

Ella bajó la mirada. Él insistió.

—Daría algo por verla con más frecuencia. ¿Estarán mucho tiempo en Miami?

—Dos meses. Hemos trabajado mucho últimamente y... la Universidad nos ha concedido estas vacaciones, por mediación del señor Bergerett.

— ¿Dónde está ahora Bergerett?

—Lo ignoro — contestó Dinik, distraídamente —. Supongo que atendiendo alguno de sus múltiples negocios. Aunque tengo entendido que vendrá unos días, la semana próxima.

—Me encantará saludarle. Poseo acciones de muchos de sus negocios. ¿Todavía tiene su famosa necrofobia?

Dinik sonrió.

— ¡Oh, sí; más aguda que nunca! Se siente viejo y no quiere morirse. Dice que la vida es fantástica.

—Bueno, cuando se tiene dinero en abundancia, sí. Lo malo de Hermann es que nunca ha querido casarse. Teme también a las mujeres. No quiere familia, ni divorcios. Cuando muera, toda su fortuna pasará al estado. Y es uno de los hombres más ricos de la Federación Americana.

—El más rico, afirma él —añadió Dinik.

—Es posible. Pero se morirá algún día y todo lo perderá.

— ¿Y si no se muere? —preguntó Dinik.

—Todo el mundo se muere. Es ley universal.

—La ciencia ha tenido que modificar muchas de las leyes que consideraba como universales. En biología nos encontramos constantemente con casos... ¡Oh, estamos hablando de temas demasiado serios! Cambiemos de conversación, ¿quiere?

Muy a pesar suyo, Juliu se vio obligado a cambiar de tema. Regresaron Don y Betty, riendo, y llegó también el camarero con un cubo de hielo y una botella de antiguo y auténtico champán francés del siglo XXL

La reunión se animó y Dinik no echó en falta la compañía de Don, quien

estaba dedicado exclusivamente a Betty... ¡De haber sabido que esta era de las más sagaces oficiales del J.C.P. no lo habría creído!

* * *

Juliu se encontraba en Miami cumpliendo una misión de servicio. No llegó allí por casualidad. Una serie de pistas se habían abierto, repentinamente en el caso que tanto tiempo llevaba estudiando.

¡Al fin había encontrado a la pareja que reclamaba la Federación Europea!

Pero el caso había tomado un sesgo inesperado, y ahora, el J.C.P. no consideraba oportuno detener a Dinik y Spask, hasta no saber todo lo que el grupo de vacaciones en «Ernadom» había realizado o pensaba realizar.

Juliu era precavido y cauto. Con él había en Miami más de cien oficiales de policía, cumpliendo cometidos distintos. Se había registrado la mansión del archimillonario Bergerett, sin encontrar nada revelador. También se descubrió que allí no se había realizado ninguna operación extraña.

Era evidente que realizaron «algo» importante y, en compensación, se les permitió ir a descansar a Miami.

Julius sabía, por un reciente informe, que alguien les había llamado desde Las Vegas, en Nevada. Varios agentes habían partido para allá, sin pérdida de tiempo, para tratar de localizar a un misterioso sujeto llamado Bime Pitcholy.

Ahora, pacientemente, trataba de realizar un acercamiento con los habitantes de «Ernadom», y Betty era un excelente y singular colaboradora.

Pero, contrariamente a lo que debía ser, Juliu no estaba satisfecho de su trabajo, por dos importantes motivos. Uno de ellos era que Pattershan no le permitía detener aún a Spask y Dinik, a los que tanto había costado localizar. Su jefe y amigo le dijo que debía esperar. Y el otro importante motivo era que a Juliu le gustaba Dinik Lirkay. Durante mucho tiempo había ido metiéndose en la mente la imagen de la muchacha europea. Llegó a sentirse obsesionado por ella, como si fuese una sombra incorpórea a la que no podía alcanzar. Su subconsciente debió alentar en él un singular deseo de posesión particular, fuera del cargo oficial que desempeñaba, y el deseo se transmitía ahora al corazón.

Era un curioso fenómeno que Juliu no podía definir concretamente. Debía vigilar a Dinik, atento siempre a la orden de detención que gravitaba sobre ella y Dimitrio Spask. Al mismo tiempo, intuitivamente, Juliu deseaba que la orden no llegase nunca y que su misión en Miami se prolongase indefinidamente.

El deseo, empero, era una cosa y la realidad otra muy distinta.

Después de una noche deliciosa, en compañía de Dinik, Juliu se enfrentó, al día siguiente, con un deber penoso que cumplir, que le transmitió, directamente, su amigo y superior, Pattershan, acabado de llegar de Nueva York.

—Bien, Juliu. Esta misión te corresponde a ti. Ha llegado el momento de arrestar a Spask y a su ayudante — fue lo primero que dijo Pattershan.

— ¿Ya? Pero si yo creía que debíamos investigar detenidamente todo el caso.

—De eso se ocupa personalmente Rutherford. Al descubrirse que Len Djinsky ha sido vuelto a la vida, todo el asunto ha pasado a manos de una comisión especial del J.C.P., dirigida por Rutherford y un grupo de senadores... ¡Ahora se trata de un problema de alta política!

— ¿Han detenido a Djinsky?

—No lo sé. Las órdenes son de detener a Spask y a Dinik Lirkay.

— ¿Y los otros tres que están con ellos?

—Quedarán bajo estrecha vigilancia, pero en libertad.

Juliu exhaló un suspiró.

— ¿No puedes encargarte tú de esa misión?

— ¿Yo? ¿Por qué yo?

—Me resultaría muy desagradable ahora. Me he presentado ante Dinik bajo un aspecto demasiado... Bueno, siguiendo vuestras órdenes, me he acercado a ella bajo un aspecto distinto al mío propio. Ahora, me duele romper el encanto...

— ¡Déjate de sensiblerías, Juliu! No se detiene a esas personas por las prácticas prohibidas que hayan realizado, sino por inmigración clandestina. Deberán ser trasladados a Nueva York inmediatamente. Es una orden, Juliu. Cumple con tu deber.

Juliu Beltsy encontró extraña la actitud de su amigo. Algo estaba ocurriendo en las altas esferas de su departamento. No le cabía duda. La importancia política del general Djinsky era innegable y ello debía repercutir de algún modo en el Senado de la Federación Americana. Era, sin embargo, incapaz de adivinar lo que podía estar ocurriendo.

—Está bien, Pat. Cumpliré con mi deber.

— ¿Qué te sucede? Dime la verdad —exigió Pattershan, sujetando a su amigo del brazo.

—Nada.

— ¿No te habrás enamorado de ella, eh?

—No... ¡Claro que no!

Juliu dejó a su amigo. Había quedado la noche antes con que iría a bañarse a las once. Dinik estaría en la caleta. Y eran solo las nueve de la mañana.

Seis oficiales del J.C.P. de uniforme, esperaban en el vestíbulo. Con ellos se encontraba Betty, la «hermana» de Juliu. Al verle aparecer, todos se pusieron serios. Pattershan les había dicho que Juliu Beltsy dirigiría la detención.

— ¿Estáis dispuestos? —preguntó Juliu, con voz opaca.

Todos asintieron

—Bien, vamos. No hace falta que vengas tú, Betty. No habrá resistencia. Aguarda aquí.

Salieron todos, dirigiéndose a los coches. No tenían que ir más allá del muro del jardín, a la finca colindante. Pero Juliu tenía que hacer las cosas de

acuerdo con la ley.

Subieron a los coches, salieron del jardín y enfilaron por la carretera hasta detenerse frente a la verja de «Ernadom», donde un portero fue inmovilizado por una seca orden de Juliu.

—Abra, Mark. Y no avise a nadie. Nosotros iremos hasta la casa.

El portero obedeció. Sentía demasiado respeto por el uniforme negro que llevaban los compañeros de Juliu.

Se abrió la puerta y los coches continuaron hacia el interior de la finca, excepto uno que se quedó en la entrada. Poco después, Juliu saltaba de su coche y ascendía la escalinata de mármol, seguido de sus compañeros.

Gelly, la camarera, les salió al encuentro, sorprendida.

— ¿Están aquí el doctor Dimitrio Spask y la señorita Dinik Lirkay? — la pregunta de Juliu era tajante, autoritaria.

Capítulo IV

Dinik apareció en la puerta del salón comedor, donde había estado desayunándose, en compañía de «Red» Emerson. El semblante de ambos estaba blanco como la cera.

Al ver a Juliu ante ella, la joven exclamó:

— ¿Qué significa esto, Juliu?

—Lo siento. Soy el oficial Juliu Beltsy, del Cuerpo Jurídico de Policía. He recibido orden de detenerla a usted y al profesor Demetrio Spask. Les ruego que no opongan ninguna resistencia.

Dinik exhaló un gemido ahogado y abatió la cabeza.

— ¿De qué la acusan? —preguntó «Red», con voz no muy firme.

—Entrada clandestina en la Federación Americana. El doctor Dimitrio Spask está reclamado, asimismo, de evasión y prácticas prohibidas, de las que habrá de responder ante los tribunales de la Federación Europea.

— ¡No...! ¡No puede ser! —gimió Dinik, avanzando hacia Juliu, con gesto suplicante—. Llévenme a mí, pero no al profesor... ¡Él es un hombre de ciencia, útil a la humanidad!

—Lo siento, Dinik. Nada puedo hacer. Cumplo con las órdenes que me han dado.

— ¡Has estado espiándonos! ¡Eres un embustero y un miserable! —gritó Dinik.

—He cumplido órdenes. Usted sabe que ha infringido la ley.

— ¡La ley es injusta, ciega, estúpida! ¡Todos ustedes son estúpidos y cobardes! ¡Se han acercado a mí con engaños!

—Calma, Diana —suplicó «Red» Emerson— Nada temas. Hermann lo arreglará todo.

Otros dos agentes descendieron la escalera, llevando a Dimitrio Spask sujeto de los brazos. Iba en batín. En pijama y a medio vestir, detrás de ellos venían Don Berkly y Maxim Orville, también consternados.

Al ver a Juliu al frente de los oficiales del J.C.P., Don Berkly exclamó:

— ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Quién es usted en realidad?

Juliu, a diferencia de sus compañeros, no vestía de uniforme. Hubo de mostrar una placa de oro, con la insignia del J.C.P., y decir:

—He estado vigilándoles desde hace unos días. Hoy he recibido órdenes de detener a Dimitrio Spask y a Dinik Lirkay.

— ¿Policía? —barbotó Berkly, atónito.

—Lo siento. Tengan la bondad de acompañarme. Se les facilitará todo lo que precisen para su traslado a Nueva York. Dex, llévelos a los coches. Gemmy, recoge las pertenencias de los detenidos.

— ¿Y nosotros? —preguntó Maxim Orville.

—Nada tengo contra ustedes.

— ¡Hemos de avisar al señor Bergerett! —exclamó «Red» Emerson.

Dinik no se había movido del sitio. Juliu hubo de tomarla suavemente del brazo, diciendo:

— ¿Vamos, Dinik?

— ¡Suéltame, farsante! —gritó ella, desprendiéndose de la mano de él.

—No tienes que enojarte conmigo —pareció disculparse Juliu, con intimidad—. Cumplo con un desagradable deber. Pero haré todo lo que esté en mi mano para aliviar tu situación, Diana.

— ¡No necesito nada tuyo, farsante!

Dignamente, Dinik se dirigió a la salida, donde el profesor Spask, con expresión de abatimiento, estaba siendo introducido en uno de los coches.

—Tú vendrás conmigo —dijo Juliu a Dinik, para añadir, dirigiéndose a sus camaradas—: Llevar al doctor Spask directamente al departamento central, en Nueva York.

Dinik, subió al automóvil de Juliu y se sentó, digna y altiva.

—Puedes elegir la compañía del servicio femenino —sugirió Juliu.

— ¿Te refieres a tu hermana Betty? ¡Me es indiferente todo!

Al sentarse junto a ella y empuñar los mandos, Julius miró de soslayo a la detenida.

—Sabemos que habéis estado realizando prácticas ilegales. Sospechamos que habéis robado el cadáver del general Len Djinsky. Pero, concretamente, en este momento no se os acusa de eso, sino de permanencia ilegal en la Federación Americana.

— ¡Djinsky vive! —declaró Dinik, altivamente.

— ¿Vive? —se sorprendió Juliu.

—Sí. Le hemos devuelto la vida que vuestros médicos no han sabido conservar.

— ¡Eso también es ilegal!

—Según las leyes actuales. Pero ni siquiera la ley podrá detener el progreso de la ciencia. ¿Y qué haréis con Djinsky? ¿Matarle?

—No me corresponde a mí decidir esa cuestión. Dinik. Admito que me sorprende mucho. Hablé con los médicos de la consejería del espacio. Pueden demostrar que Len Djinsky estaba bien muerto cuando certificaron su defunción... Y, si es cierto que vive, su vida es ilegal, hasta que el Gobierno no declare lo contrario.

— ¡Por nosotros pueden matarle! ¡Si nos dejan su cuerpo, podemos devolverle otra vez a la vida!

* * *

Se habían detenido en un parador, junto a la autopista magnética de seguridad. Antes de descender del vehículo que conducía, Juliu efectuó una llamada por visófono oficial, estableciendo contacto con su departamento. Un operador le informó que ni Pattershan ni el comandante Rutherford podían comunicarse con él,

—Se encuentran en misiones especiales.

— ¿Dónde? —preguntó Juliu—. Debo comunicarle algo de la mayor importancia.

—Dímelo a mí. Yo se lo transmitiré cuando llamen. En realidad, no sé dónde se encuentran.

—Eso es anormal. Prefiero esperar a mi llegada a Nueva York... Si aparece alguno de los dos, que se ponga en contacto conmigo. Me encuentro en ruta y voy a efectuar una parada para el almuerzo. El vehículo de Mark Sprengler lleva al doctor Spask.

—Correcto. Estábamos informados.

Dinik había escuchado esta conversación sin despegar los labios. Al cerrar el visófono, Juliu se volvió a ella.

—Algo ocurre en este asunto que no me gusta.

— ¡No me extrañaría nada que la influencia de Bergerett sirviera para

destituirte!

—Temo que eso no sería posible. Soy un oficial de carrera. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Habrás de permanecer aquí, encerrada, si no quieres venir al parador.

—Bueno, iré.

Descendieron del vehículo.

— ¿Y si intento escapar? —preguntó Dinik, caminando junto a él.

—No lo conseguirías. Deséchalo. Pero puedes hacer otra cosa Dinik.

— ¿Qué?

—Ayudarme. Presiento que algo anormal está ocurriendo. No tengo órdenes de nada, excepto llevarte a Nueva York y mantenerte incomunicada, hasta que se disponga tu traslado a Europa. Sin embargo, algo me dice que debo averiguar lo que ocurre, antes de que sea demasiado tarde para todos.

—No tengo por qué participar en las inquietudes de un oficial de policía —replicó Dinik, altivamente.

—Te sientes muy segura de ti misma, ¿eh?

—Mi conciencia, al menos, no me reprocha nada. He contribuido al desarrollo de la ciencia. La muerte puede ser vencida y lo hemos demostrado.

Entraron en el parador, donde no había más que una camarera y un hombre detrás del surtido mostrador.

Juliu mostró su placa y eligió una mesa. Luego tomó la carta y pidió un cubierto. Después de vacilar, Dinik eligió también otro, ironizando:

— ¿No tienen aquí champán francés del siglo XXI?

La camarera denegó con la cabeza, algo impresionada por la presencia del funcionario público.

—Tráiganos vino corriente. Por favor, tenemos prisa. Hemos de estar en Nueva York antes de dos horas.

—Sí, oficial —respondió la camarera, alejándose apresuradamente.

Al quedar solos, Juliu dijo:

—Entraste clandestinamente en la Federación Americana hace dos años.

—No. Dieciocho meses. El que lleva más de dos años aquí es el profesor Spask.

— ¿Cuánto tiempo, exactamente?

—Escapó de la prisión hace tres años. Yo estudiaba entonces en la universidad.

— ¿Y vino directamente a este continente?

—Creo que sí.

—Si hiciera una hora más de tres años, el delito de Spask habría prescrito y no podría ser devuelto a Europa. Tengo que consultar eso en cuanto lleguemos a Nueva York. Tú, en cambio, has de ser devuelta.

—Hermann Bergerett no lo permitirá. Es muy poderoso.

—Si se demuestra que Bergerett ha sufragado investigaciones prohibidas, será multado y encarcelado. Nadie podrá evitarlo.

— ¿Y si se modifica la Constitución? —preguntó Dinik.

—Eso no lo pueden hacer sin consulta del Senado.

— ¡Pues, quizás, se esté modificando también la estructura del senado! —declaró Dinik, misteriosamente.

— ¿Qué es lo que sabes? ¿Existe un complot?

—No sé nada. Y si lo supiera, no se lo diría a un vulgar oficial de policía, cuya expulsión puede ser decretada de un momento a otro. Yo sé que Bergerett tiene muchos amigos poderosos y se proponen que Djinsky no sea reconocido oficialmente como muerto, puesto que nosotros le hemos devuelto a la vida.

— ¡Vosotros no habéis podido devolver la vida a un muerto! —exclamó Juliu, furioso—. Si Djinsky vive es que no estaba muerto y se trata de un complot de acuerdo con los médicos de la Consejería del Espacio.

— ¡Len Djinsky estaba muerto! Eres muy incrédulo, Juliu —declaró la joven, altivamente—. Un hombre de tu carrera no debe dudar de los avances de la ciencia.

Juliu no contestó, por acercarse en aquel momento la camarera con una bandeja.

Cuando estuvieron servidos y la empleada se retiró, Juliu dijo:

—La muerte no puede ser vencida, porque sería un desastre para la humanidad.

— ¿Por qué?

—El hombre sobreviviría a la naturaleza. Los mundos tienen origen y fin. El Creador hizo la vida y la muerte, como un destino eterno. Si los hombres no se mueren, algo tendrá que sobrevivir para que siga viviendo el hombre.

—Eso son sofismas. Naturalmente, el hombre morirá alguna vez, pero no tan pronto. El organismo puede ser trasplantado, el cerebro no. Nosotros revivimos el organismo y el cerebro. Se considera un avance de la medicina.

»Pero no se trata de revivir cuerpos ya deshechos, sino de seres a los que la medicina no ha podido salvar. Nosotros practicamos una medicina electrónica muy avanzada. En realidad, aunque cardiograma y encefalogramas den resultado negativo, nosotros sabemos que si la muerte no se ha entretenido en destruir el cuerpo, podemos revivirle. No es magia, ni algo sobrenatural. Todo está basado en un principio científico.

—Ilegal.

— ¿Y si se modifica el decreto «Necrobiologic? —insistió Dinik.

—Sería un desastre. Nuestros gobernantes no pueden hacer eso.

— ¡Pues Djinsky los obligará a ello! ¡Con él están las fuerzas del espacio!

Juliu empezó a comprender que el problema tenía mucho más alcance del que, en principio se había imaginado. Ahora estaba seguro de que existía un plan, previamente concebido y estudiado, para dar lo que no podía ser más que un golpe de estado federal, tendente a desautorizar al Senado... ¡Y detrás de aquella fantástica confabulación estaba la inmensa fortuna de Hermann Bergerett!

—Escucha, Dinik. Ahora más que nunca, te ruego que confíes en mí. Tú apenas si me conoces, pero yo sé de tu vida casi tanto como de la mía. He memorizado todos los informes llegados de Zagreb respecto a tu vida y estudios. Hace meses que no hago otra cosa que pensar en ti, noche y día.

»Sé muy bien quién eres y conozco tu modo de pensar. Por alguna razón, creo que has sido víctima de un engaño. Nadie, ni siquiera Spask, puede devolver la vida a los muertos. Ese es mi principio.

«Sospecho que alguien se ha valido de la necrofobia de Bergerett y de los estudios llevados a cabo por Dimitrio Spask, para montar todo este engaño increíble, del que tú no pareces tener noticias, debido a tu fe en Spask.

«Pero tú y él podéis estar engañados. Bergerett ha podido pagar todo el fraude, ignorándolo también. Y, en estos momentos, puede ser un ferviente convencido de que la muerte ha sido vencida. Con ello solo está contribuyendo a crear un mito fabuloso, que la gente del mundo entero aceptará sin discusión, si se le demuestra que Djinsky está vivo.

«¡Pero Djinsky no ha estado jamás muerto! La muerte aparente se administra fácilmente por medio de sueros. El corazón deja de latir y el cerebro se detiene. No hay descomposición, porque todo ha sido previamente preparado.

Dinik estaba atónita, escuchando las palabras de Juliu. Al fin, logró balbucear.

—No... Eso no es posible. Las teorías de Spask son ciertas.

— ¡Insisto en que no pueden serlo! Pero los confabulados de la consejería del espacio necesitan que el mundo crea en Spask, contra el que yo no tengo absolutamente nada. ¿Es que no te das cuenta del engaño?

— ¡No hay engaño, Juliu Beltsy!

—Cuando te demuestre lo contrario, puede que ya sea demasiado tarde. Para entonces el Senado habrá sido disuelto y Djinsky o alguno de sus amigos habrá instaurado la dictadura. Bergerett habrá contribuido a ello con su inmensa fortuna y su insano deseo de longevidad, pero la Federación Americana habrá sufrido un retroceso de siglos. Y me temo que no quede ahí la cosa, sino que se extienda a Europa y África y todo el mundo caiga bajo la férula de una dictadura despiadada, de la que no será fácil salvarse. Ha costado mucha sangre poder implantar la democracia mundial. Este fraude de la muerte puede acarrearnos graves consecuencias si no actuamos a tiempo.

—Soy una reclamada de la ley. Tu deber es devolverme a Europa.

— ¡Tu caso particular ya carece de importancia, Dinik! Estoy tan convencido de lo que digo que pongo en juego hasta mi carrera. Necesito pruebas de mi teoría particular, para poder informar a tiempo al Presidente del Senado.

—Las únicas pruebas que yo puedo darte son de que el general Len Djinsky estaba muerto y ahora está vivo. Yo misma he comprobado ambos extremos.

— ¿Dónde está ahora Djinsky?

—No lo sé. Salió de Peew-kee en compañía de Hermann. Creo que fueron a una mansión que Hermann posee en el norte. Alguien vino a buscarles en un helicodisco.

— ¿Peew-kee? ¿Tenéis allí el laboratorio?

—Sí.

— ¿Podemos ir a ver aquello y realizar una comprobación sobre la eficacia del método de Spask?

— ¡No puedo revelar nada de cuanto hay allí! ¡Ya he hablado demasiado!

* * *

Sin embargo, aquella misma noche, una aeronave oficial, se detenía en el desierto de Peew-kee, a cierta distancia de donde estaban las instalaciones subterráneas y secretas de Hermann Bergerett. Del vehículo aéreo descendieron cuatro hombres y una mujer.

Esta última era Dinik Lirkay, a la que acompañaba Juliu Beltsy. Los otros tres eran especialistas en medicina electrónica.

Juliu iba armado con un paralizador de onda corta.

Dinik les indicó el camino hacia la rampa secreta, movió la piedra que descubría la rampa y accionó los mecanismos ocultos que daban acceso al laboratorio subterráneo.

Durmiendo en la cabina del acceso inferior, fue detenido Diomed Heem, a quien se le esposó de pies y manos, convenientemente, para impedirle escapar. Bime Pitcholy, que dormía en el alojamiento contiguo a los laboratorios, no tuvo tanta suerte como su compañero.

Juliu le rompió la víscera cervical de un golpe fortísimo, dejándole muerto en el acto. Luego, arrastró su cuerpo hacia el laboratorio en donde estaban sus compañeros examinando los aparatos que allí había.

—La mejor demostración de la ineficacia de cuanto se ha realizado aquí la tenemos en nuestras manos —dijo Juliu, impasible—. Este hombre está muerto... Acabo de matarle.

— ¿Le has matado? —exclamó Dinik, sobrecogida.

—Tengo facultad legal para ello, puesto que este hombre es un proscrito y un prófugo, cuya lista de delitos le ponen enteramente fuera de la ley.

»Sin embargo, si alguien es capaz de resucitarle, quedará enteramente libre de todo castigo, según el artículo 2.40 de la constitución sobre ejecuciones legales. No se ha dado jamás el caso que un ajusticiado resucite. Si ello ocurriera, nadie podría volverle a castigar, porque ya había sido ajusticiado. Y la ley habría de proporcionarle una nueva identidad y contarle la edad de un recién nacido.

— ¡Eso es absurdo! —exclamó Dinik, todavía atónita.

—Tú no conoces la ley. Yo sí. En cambio, si alguien muere de muerte natural y vuelve a la vida, habrá que matarle, porque, oficialmente, ha dejado de existir. Eso está decretado internacionalmente, por la ley «Necrobiologic».

»Mas no debemos discutir más. Aquí están los elementos necesarios para

devolver a la vida a este hombre. Nosotros efectuaremos la prueba oficial.

— ¡Todos ustedes son proscritos de su propia ley! —exclamó Dinik—. Estáis aquí sin autorización de vuestros jefes.

—Ya discutimos eso antes, Dinik. Lo que se trata es de comprobar el fraude. Y tienes que ayudarnos, empleando estos utensilios para intentar devolver la vida de Pitcholy.

—No sé si podré hacerlo sola —se lamentó Dinik.

—Necesito al profesor Spask y a los otros colaboradores.

—Nosotros podemos sustituirles. Estamos preparados en medicina electrónica.

Dinik no respondió. Examinó a Pitcholy durante un rato. Luego, tomó un registro de comprobación psicosomática, con el que estuvo comprobando la muerte del que fue auxiliar de Spask.

—Está muerto. No cabe duda. Pero este individuo ya estuvo muerto antes. No sé si es posible devolverle la vida. Debemos operar la víscera cervical.

—Sí —dijo Juliu—. Yo lo haré. Preparemos el instrumental. Manos a la obra, Mark. Albert se encargará del «reactor iónico».

Dinik, Juliu y sus compañeros se pusieron rápidamente al trabajo. Ella explicó con todo detalle lo que debían hacer cada uno.

En primer lugar, se despojó al cadáver de sus ropas y se le situó sobre la mesa, bajo la campana de plástico.

—No será preciso emplear el decoagulante, porque el «rigor mortis» no se ha producido aún. El trabajo se simplificará considerablemente. Se trata únicamente de reactivar el cerebro y el corazón. Para lo cual hemos de poner en marcha los reactores.

Dinik siguió dando instrucciones a sus nuevos colegas del J.C.P. Todos asintieron, muy seriamente. Conocían, al parecer, la teoría del proceso.

Luego, Juliu Beltsy operó en la víscera cervical durante diez minutos con un termocauterio electrónico. Realizó después una sutura y efectuó una comprobación nerviosa, de resultado positivo.

Fue entonces cuando Dinik empezó el trabajo especial de devolver la vida a Bime Pitcholy, ejecutándose todo lo que ella indicó a sus colaboradores.

Después de media docena de intentos infructuosos, Dinik se vio obligada de decir:

—No lo entiendo... Ocurre algo que no marcha. Sería conveniente hacer venir al doctor Spask.

—Lo podemos traer, si lo deseas, pero no es necesario —replicó Juliu—. Ya he comprobado lo que deseaba... ¡Nadie es capaz de resucitar a un muerto!

—No... No es posible... ¡Algo ha fallado! ¡Dimitrio lo hará!

Capítulo V

Juliu Beltsy y la cabizbaja Dinik llegaron al amanecer a Nueva York. Desde el espaciódromo se trasladaron, en el coche de él, a las oficinas de la J.C.P., que era un bloque inmenso, de ciento cincuenta pisos de altura, situado en el Center Square.

Nada más llegar, Juliu preguntó por Mark Sprengle y por el doctor Dimitrio Spask.

—No han llegado aún.

— ¿No han llegado? —exclamó Juliu, atónito—. He tenido tiempo de llegar yo, ir a Nevada y volver... ¡Y Mark no ha llegado desde Miami!

—Lo siento, Beltsy. Pero no ha llegado.

— ¿Ni ha comunicado su paradero?

—Tampoco —le respondió el oficial de enlace exterior.

— ¿Y Pattershan?

—Tampoco está. Debe encontrarse en su domicilio.

—Llámele inmediatamente. Necesito hablar con él. Estaré en mi despacho.

Preocupado, Juliu condujo a Dinik Lirkay a su oficina, donde le ofreció una silla y una taza de café, mientras él iniciaba una serie de llamadas urgentes.

— ¿Elster?... Dígale que se ponga... Gracias... —en la pantalla visofónica apareció el rostro de un oficial inspector de Miami—. Bajo mi responsabilidad, debéis detener inmediatamente a todos los habitantes de «Ernadom».

—Lo siento, Beltsy —contestó Elster—. Ya no están aquí. Se han ido.

— ¿Cómo? ¿No estaban vigilados?

—Sí, pero Pattershan dio orden de levantar la vigilancia. Nosotros no llevamos el caso. Y Pattershan dijo que era orden del comandante Rutherford.

— ¿Están ahí, acaso, Pattershan o Rutherford? —insistió Juliu.

—No. Se fueron ayer.

—Está bien. Gracias.

Juliu cerró la comunicación y murmuró, mirando distraídamente a Dinik:

—Algo más grave de lo que yo temía está ocurriendo, Dinik... Spask y los oficiales que le traían aquí, han desaparecido. Mis jefes inmediatos también se están comportando de un modo extraño... ¡Tu muerto no ha resucitado!

— ¡El profesor Spask podía devolverle la vida! —exclamó ella.

—Lo dudo. Y la desaparición de «Red» Emerson, Maxim Orville y Don Berkly parece confirmar mi teoría del fraude, en donde las víctimas propiciatorias habéis sido tú y el profesor. Los engañados son toda la humanidad, pero el gran tonto es Bergerett.

— ¿En que te fundas para decir eso?

—Todavía en nada —Juliu consultó un cronómetro—. A estas horas, la gente suele estar en sus casas, durmiendo o levantándose ya. Pues pocos están en su puesto.

Se sentó detrás de su mesa y unió las manos.

—Bime Pitcholy ha muerto. Estaba reclamado por estafa, en Europa. ¿Cómo llegó hasta vosotros?

—Ignoro eso. Nos lo envió el secretario de Bergerett. Estaba gravemente enfermo y terminó muriendo. No se le administró la medicina que le habría salvado, intencionadamente. Se le sometió a tratamiento de reactivación y se le devolvió a la vida. Luego se le administró la medicina.

—Heem dice que le mordió una serpiente venenosa y que murió también. Spask le reintegró a la vida y le administró un antídoto.

Ella dijo:

—Sí. Pero con Hem hubimos de esperar varios meses. No teníamos el laboratorio terminado. Se le «hibernó» y luego le revivimos.

—Descartado todo eso. No puede ser. La muerte debía ser aparente.

— ¡Tú no conoces los efectos que las radiaciones neurónicas ejercen sobre el encéfalo! —gritó Dinik.

—Soy tan experto como lo puedas ser tú o Spask —contestó Juliu—. Cualquiera en el J.C.P. sabe que esa teoría no puede ser cierta. Y te lo demostraré.

»Ocurre, sin embargo, que estamos siendo víctimas de una gigantesca confabulación, cuyos fines desconozco aún, pero que creo adivinar. Solo así, bajo mi punto de vista, se admite cuanto ha ocurrido y está ocurriendo.

»Hoy o mañana, a más tardar, las grandes cadenas informativas hablarán de la «resurrección» del Consejero del Espacio, Len Djinsky. Esto convulsionará el mundo entero.

»En ley, Djinsky ha de ser ejecutado. Debe serlo y si yo le encuentro, le mataré. Por eso se ha ocultado. Necesitan hacer la gran comedia, convertirle en vencedor de la muerte. El pueblo lo creerá. Las «Saetas Espaciales», de las que fue Jefe Supremo, le creerán también. Se creerá a Dimitrio Spask... ¡Y surgirá el mito de la muerte vencida!

«Eso significa tanto como convertir a Djinsky en líder, en héroe, en dios... ¡Y Spask gozará de un prestigio inmenso!

—Me alegraré que así sea —dijo Dinik, llanamente—. Se lo merece.

— ¡Pero todo será falso, porque Djinsky no ha muerto nunca! Los médicos que le atendieron, todos pertenecientes al ejército espacial, se han confabulado. ¿Y qué es lo que se proponen? Te lo voy a decir, Dinik. Vas a

ser la primera persona, fuera del complot, en saberlo... ¡Quieren hacerse los amos de la Tierra, como ahora lo son de los inmensos vacíos siderales, donde nadie puede admirar sus glorias!

—Eso son figuraciones tuyas.

— ¿Dónde están Djinsky, Bergerett y Spask?

—En una finca de recreo que Hermann tiene en las montañas. No sé nada más. A nosotros nos dieron dos millones de créditos para irnos a Miami, a descansar.

— ¡Apuesto a que Don Berkly, «Red» Emerson y Maxim Orville también están metidos en el fraude!

—Entonces también tenía que estar Spask.

— ¿Y por qué no?

—Es un científico honrado. Le conozco de toda mi vida.

—A los hombres honrados se les engaña más fácilmente que a los granujas. Y es fácil embaucar a Bergerett con el cuento de vencer a la muerte, teniéndole a él. Unos cuantos hombres hábiles pueden hacer creer a Spask que sus teorías son atinadas.

— ¡Sería horroroso si esto fuera cierto! —exclamó Dinik, cubriéndose el rostro con las manos y aceptando, por vez primera, la posibilidad que exponía Juliu.

— ¡Me juego el empleo a que es cierto!

* * *

Beni Ahmed cruzó entre los dos robustos soldados que vestían el uniforme de las «Saetas Espaciales» y empujó la gran puerta de roble. Llevaba una carpeta negra bajo el brazo y parecía satisfecho.

Dentro, sentado en un amplio butacón, estaba el general Len Djinsky-Osgrodov, vestido con su uniforme de consejero del espacio. Otros dos soldados de su escolta hacían guardia junto a las ventanas.

Frente a Djinsky había tres hombres. Uno vestía el uniforme de la J.C.P. y lucía los galones de comandante. Otro vestía de paisano, muy elegante, con un traje plateado, de anchas solapas. El tercero vestía con discreción, el atuendo de los hombres de ciencia. Era médico y se llamaba Cuss Lorrain.

Precisamente, cuando entró Beni Ahmed, Djinsky estaba hablando con el comandante del J.C.P.

—Quiero un control absoluto de la policía, Rutherford. En eso no puede fallarme usted.

—No se preocupe, general. Todo está bajo control. Admed, ¿Qué noticias traes?

—Bergerett se encuentra ya en Montevideo. Será drogado convenientemente y no nos resultará un estorbo. El control de sus bienes está en mi poder —Beni Admed había sido secretario particular de Hermann Bergerett, y era un árabe astuto y sagaz—. En esta carpeta está cuanto necesitamos

— ¿Y los cheques de estos caballeros? —preguntó Djinsky.

—Aquí están también —respondió Admed, sentándose junto a Rutherford y abriendo la carpeta negra, de la que extrajo un sobre de plástico azul—. Cincuenta millones de créditos, comandante Rutherford. Son para usted. ¿Me firmará este documento?

El comandante Rutherford, con desconfianza, abrió el sobre y extrajo una copia del documento que iba a firmar, junto con una placa metálica, muy delgada, donde figuraba, en letras termograbadas, el nombre del primer banco de la Federación Americana. La cifra que se había escrito con máquina termoiónica era de cincuenta millones.

— ¿Qué le parece, Rutherford? —preguntó Djinsky—. ¿Está satisfecho?

—Indudablemente, excelencia... ¿Dónde debo firmar, eh?

Beni Ahmed sacó el documento. Con una pluma iónica especial, Rutherford estampó su rúbrica al pie del documento. Con ello se hacía cómplice de la conjura.

—Usted también tiene aquí su cheque, doctor Lorrain —siguió diciendo Beni Ahmed, dirigiéndose al doctor—. Quince millones de créditos. Cinco para usted, cinco para el doctor Hert y otros cinco para el doctor Arthur Bromdley.

El médico que certificó la muerte de Len Djinsky no respondió. Tomó el sobre que le dio Ahmed, se lo guardó en un bolsillo interior, sin abrirlo, y luego firmó el documento que le entregaron. Hecho esto, quiso levantarse para salir, pero el general Djinsky le retuvo.

— ¿No se queda a comer conmigo, Cuss? Ha hecho usted un buen negocio hoy. Y le aseguro un brillante porvenir en el nuevo estado mundial. De eso puede estar seguro.

—Quisiera regresar a Baltimore hoy mismo.

—No se preocupe. Hay tiempo... ¿Y para Alain Visser?

—El cheque más grande —dijo Beni Ahmed—. La información mundial ha de ser bien pagada, para controlar los medios de opinión... Aquí tiene usted, señor Visser. Este sobre contiene el cheque más grande firmado por Hermann Bergerett... ¡Mil doscientos cincuenta millones de créditos! ¿No les parece una excelente suma, caballeros?

Alain Visser, director de programas de la «Worlds-news T.V.», con cadenas en las tres federaciones mundiales, tomó el sobre con mano trémula. Aquel era el precio de una traición a nueve mil millones de seres humanos. Pero estaba seguro de que si él no acepta el plan que le propusieron para engañar a la humanidad, otro lo habría hecho y él estaría ya muerto.

Len Djinsky dirigía el ejército del espacio. Las víctimas iban a ser los senadores elegidos por los pueblos, que se verían despojados pronto de sus sitiales inaccesibles. Los presidentes serían depuestos por las armas de las «Saetas Espaciales», al mando de Djinsky, y el «Inmortal» gobernaría sobre todos los hombres.

¡Y lo peor era que, excepto Cuss Lorrain, Rutherford y Visser estaban

seguros de que Djinsky era un «resucitado», gracias a la ciencia de Spask!

Todos cobraron sus precios por la traición. Visser se justificó, diciendo:

—Nada de este dinero será para mí. Tengo que pagar a los que colaboran conmigo. Yo me reservo la satisfacción de haberle ayudado, excelencia.

—Satisfacción que correspondo, porque aprecio en alto grado su trabajo, señor Visser.

Hubo una serie de cumplidos y luego todos pasaron a un salón comedor, donde estaba la mesa servida. Allí numerosos camareros procedieron a servirles refinados manjares y exquisitos vinos.

Fue una comida realmente maravillosa. A uno de los comensales, empero, le sentó mal. El doctor Cuss Lorrain empezó a moverse inquieto en su asiento. Luego se disculpó y habló calladamente con un sirviente, quien le acompañó a la puerta.

Media hora después, cuando terminó el banquete, Cuss Lorrain aún no había vuelto. Estaba agonizando en un lecho, víctima del veneno que alguien le administró durante la comida.

¡Len Djinsky empezaba pronto a imponer sus leyes! ¡La aplicada a Lorrain fue una ley de silencio!

* * *

Cuando Juliu Beltsy supo, por un oficial inspector de servicio en Información que el comandante Rutherford había vuelto, solicitó inmediatamente ser recibido por él. Al cabo de quince minutos, el ayudante de Rutherford le dijo, por visófono:

—Lo siento, Beltsy. El jefe no puede recibirte ahora. Tiene muchas cosas urgentes que atender.

— ¡También tengo yo cosas mucho más importantes que comunicarle!

—Díselas a tu jefe de grupo.

— ¡No sé dónde está Pattershan! —casi gritó Beltsy.

—Pues lo siento. Rutherford no puede atenderte ahora —terminó el secretario, cortando la comunicación.

Desesperado, sin saber qué hacer ni qué camino tomar, Juliu optó por ir al alojamiento provisional en donde había dejado a Dinik. Aquello no era un calabozo, propiamente dicho, aunque las personas instaladas allí no podían salir al exterior. Tampoco recibían noticias de afuera, aunque tenían películas, libros y toda clase de juegos y entretenimientos.

Dinik estaba tendida en una silla extensible, leyendo. Pero se levantó al entrar Juliu.

— ¡Voy a sacarte de aquí, Dinik! —fue lo primero que dijo él.

— ¿Qué ocurre?

—Mucho me temo que el complot se haya realizado ya, con la complicidad de algunos jefes del J.C.P. Si eso es así, tanto tú como yo podemos correr peligro.

Dinik sonrió y respondió:

—Me parece que estás equivocado, oficial inspector Beltsy. Yo no puedo correr peligro si se confirman todos tus temores. Aunque todo haya sido un fraude, cosa que no creo, yo he participado en ello. Voluntaria o inconscientemente, Len Djinsky ha vuelto a la vida. Y si triunfan sus planes, no seré castigada.

— ¡No puede triunfar en modo alguno! ¡Un millón de «Saetas Espaciales» no podrán dominar a nueve mil millones de seres!

—No sería justo, lo admito. Soy bastante democrática en eso. Mi único deseo es que la humanidad sepa que las teorías de Dimitrio Spask son ciertas.

— ¡Eres obcecada y terca! Vámonos. Voy a llevarte a un lugar donde estarás segura. No hay tiempo que perder.

Dinik se encogió de hombros y siguió a Juliu, quien la sacó de allí y la llevó hasta uno de los ascensores que les bajaron al vestíbulo. Fue, precisamente, al salir del ascensor, cuando cuatro oficiales inspectores les cerraron el paso. Uno de ellos dijo:

—Lo siento, Beltsy. No puedes salir.

— ¿No? ¿Quién lo ha ordenado?

—El comandante Rutherford. Nosotros nos ocuparemos de ella... Señorita, acompáñeme.

Juliu no pudo negarse y vio al oficial llevarse a Dinik, mientras los otros le indicaban que entrase en el ascensor.

—Tenemos orden de vigilar tu despacho, donde has de permanecer aislado hasta nueva orden —habló otro oficial.

—Pero ¿por qué? ¿De qué me acusáis?

—Se está investigando tu participación en la muerte del oficial jefe Pattershan.

Juliu sintió algo así como si le hubiese caído encima un terrible peso, aplastándole. Solo pudo balbucear:

— ¿Ha muerto Pat?

—Sí.

— ¿Cómo?

—Le han apuñalado en su domicilio la noche pasada. ¿Dónde estabas anoche?

—Fui a Nevada en un helicodisco. Tengo testigos que pueden probarlo.

—Tienes que hacer una declaración escrita de todos tus pasos. Quedarás incomunicado en tu oficina y, bajo ningún pretexto, puedes salir de allí.

Juliu comprendió que estaba metido en una trampa. Ahora empezaba a ver claro. Alguno de sus jefes, posiblemente Rutherford, era un traidor, vendido a Len Djinsky. Toda la sección investigadora que estaba bajo el mando de Rutherford estaba neutralizada así en el complot. Len Djinsky podía estar tranquilo con respecto al J.C.P.

Esto significaba que el Senado Federal sería dominado en breve y el presidente arrestado. Posiblemente, la acción se realizaba simultáneamente en la Federación Europea y Africana. El complot era a escala mundial.

Y pensó también que la disciplina era demasiado estricta en el J.C.P. para que sus compañeros le dejasen moverse o escapar. Las órdenes eran terminantes.

—Está bien. Acataré el mandato del jefe.

—Tendrás a Gray vigilándote continuamente.

— ¿Debo considerarme un prisionero?

—Hasta cierto punto, sí. Hay que investigar la muerte de Pattershan. El jefe dice que tú y él habíais discutido.

—Sí, pero yo no le he matado. De todas formas, estoy a la entera disposición del comandante Rutherford.

Juliu ya había tomado su decisión. Él no sería un traidor, aunque le fuese la vida en ello. Estaba dispuesto a fingir obediencia, para confiar a sus compañeros, los cuales creerían que no era capaz de obstaculizar su labor.

Sin embargo, cuando, minutos después, llegaron todos al despacho de Juliu, este les dijo:

—Quisiera ayudaros en la investigación. Pat y yo éramos íntimos amigos.

—Puedes ayudarnos, explicándonos todo cuanto habéis hecho y dicho últimamente. La verdad, Juliu. El jefe cree que le odiabas porque él había ascendido más que tú.

— ¡Qué disparate! Tú sabes que eso no es cierto, Marwy. ¿Habéis sabido algo de Mark Sprengle?

—Sí. Ha salido con una misión especial hacia Montevideo.

— ¿Y el profesor Spask? ¡Debía traerle aquí, desde Miami!

—No sabemos nada de eso —contestó Gray—. Y no es cosa nuestra...

— ¡Abrid los ojos, ciegos! ¡Se está cometiendo una traición espantosa y vosotros sois cómplices de ella!

Gray, Marwy y el otro se miraron brevemente.

— ¿Qué es lo que sabes de eso, Juliu? —preguntó Marwy.

— ¡Todo! Poseo pruebas de lo que digo... Mirad, tengo documentos secretos en el cajón de mi mesa, que he traído de un laboratorio subterráneo situado en el desierto de Peew-kee —Diciendo esto, Juliu fue a su mesa metálica y abrió un cajón.

Su mano empuñó un disparador de luz cegadora. Solo efectuó un destello, sincronizando el dedo índice con el parpadeo de sus ojos. Los otros quisieron imitarle, pero, aun con los ojos cerrados, la luz directa les aturdió en el acto.

Habían sido burlados.

Cayeron pesadamente al suelo, sin conocimiento. Un lacerante dolor cerebral les privó del sentido. Tardarían varias horas en recobrarse. Y, para entonces, Juliu tenía que encontrarse en el palacio de la presidencia del Senado, llevando a Dinik.

Salió de su despacho, ocultando el arma cegadora en el interior de sus ropas civiles, para dirigirse a un ascensor de servicio, con el que descendió a la planta baja. En información tenía un subalterno amigo, al que preguntó:

— ¿Dónde han llevado a Dinik Lirkay, Johnny?

—No lo sé.

— ¡Por favor, es un caso de vida o muerte! Pregúntalo a los de la sección nueve. Diles que el secretario de Rutherford desea saberlo.

Johnny efectuó la llamada en nombre del individuo citado por Juliu. La respuesta que le dieron la transmitió rápidamente.

—Se encuentra en la sala «23», junto con otro hombre, llamado Spask.

—Gracias, Johnny. Ya te veré luego.

Juliu conocía la situación y el empleo que se daba en Center Square a la sala «23», situada en los sótanos del inmenso edificio. En numerosas ocasiones se habían incinerado cadáveres en los hornos que contenía aquel complejo secreto del J.C.P. ¡Allí había personas encerradas desde hacía más de veinte años, las cuales jamás verían la luz del sol! Eran los llamados prisioneros de estado o especiales, los que sus casos no estaban especificados en la ley y, posiblemente, no lo estuvieron nunca.

¡Juliu estaba convencido de que Dinik y Spask iban a morir!

Capítulo VI

Juliu Beltsy conocía solo un modo de penetrar en la sala «23». No había otro. Aquello era una cárcel en regla y solo tenía una entrada, vigilada por dos agentes subalternos, que no se sorprendieron al ver acercarse al oficial inspector por el corredor, ya que le conocían.

Cuando estuvo ante ellos, Juliu extrajo el disparador de luz y oprimió el pulsador. Los dos subalternos cayeron como fulminados.

Rápidamente, Juliu introdujo la mano entre los barrotes de hierro y alcanzó la mesa, donde estaba el tablero electrónico de cierre de la puerta. Llegó

justamente al de abrir, y la entrada quedó franqueada.

Había otra puerta de seguridad, más allá y no era de barrotes. Un timbre ponía en funcionamiento una cámara de circuito cerrado. Al otro lado, en una cabina, había dos subalternos que comprobaban la identidad del visitante.

Juliu había previsto esto y venía preparado con un objeto capaz de perforar el acero, y que aplicó al metal por medio de una ventosa. Inmediatamente, un chorro de fuego y chispas surgió del objeto, practicando un agujero capaz de dejar paso a un hombre, por el que se introdujo Juliu, protegiéndose cara y manos.

En la cabina de vigilancia, los dos subalternos tomaban sus armas. Pero el disparador de luz les cegó violentamente, haciéndoles caer al suelo sin sentido.

Como un rayo, Juliu penetró en la cabina y examinó un tablero, en forma de esquema, donde había números y nombres. Encontró los de Dinik y Spask, junto a los números, quince y dieciséis, que correspondían a las celdas ocupadas por los dos prisioneros.

Se orientó entonces por un pasillo desierto, hasta llegar ante una fila de puertas metálicas, sobre alguna de las cuales se escuchaban débiles golpes, como de alguien aporreando con los puños en la parte interior.

Precisamente, correspondía a la celda número dieciséis. Junto a la puerta había dos pulsadores. Uno estaba hundido y otro era saliente. Juliu lo empujó y la puerta se descorrió. Del oscuro interior surgió Dinik, con el semblante descompuesto. Pero al ver a Juliu se echó en sus brazos, sollozando.

— ¡No dejes que me maten, Juliu! —gimió ella, desgarradoramente.

—No temas. Vengo a sacarte de aquí.

Diciendo esto, Juliu oprimió el botón de la puerta número quince. Dimitrio Spask, parpadeando, tardó unos segundos en surgir de la oscuridad. Al verle, Dinik se abrazó también a él.

— ¡Doctor! ¿Estaba usted aquí?

—Sí... No sé el tiempo que llevo ahí encerrado.

—Desde ayer solamente. No pierdan el tiempo. Nos jugamos todos la vida demorando el tiempo. Hemos de escapar antes de que sea demasiado tarde.

Spask y Dinik, cogidos de la mano, siguieron a Juliu, quien había de detenerse con frecuencia para esperarlos. Así pasaron junto a donde yacían los guardianes sin sentido.

— ¿Están muertos? —preguntó Dinik.

—No... ¡Ya no se muere nadie! —ironizó Juliu—. Eso se lo debemos al sabio doctor Spask, que hubiera sido la primera víctima, si otros no se hubiesen anticipado.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Dinik.

—Ya os lo explicaré. Ahora no perdamos ni un segundo. Si nos descubren, todo se habrá perdido.

Llegaron al ascensor, que continuaba como lo había dejado Juliu. Con él subieron hasta la planta. Al abrir, Juliu miró a la derecha de un pasillo gris.

No viendo a nadie, hizo salir a los dos rescatados y los llevó a una sala contigua, que tenía una puerta que comunicaba con un enorme garaje, en donde se movían numerosos coches y mecánicos.

Rápidamente, Juliu introdujo a Spask y Dinik en uno de aquellos vehículos. Se sentó él al volante y ordenó:

—Échense al suelo. Vamos a salir de aquí como podamos.

Mientras Juliu se movió con el coche de suspensión de aire dentro del enorme garaje de la policía, no ocurrió nada. Pero al acercarse al primer control de salida, la presencia allí de varios agentes armados le indicó que las cosas no se presentarían fáciles. Y utilizar contra tantos hombres el disparador de luz no daría resultado. Aquellos oficiales llevaban rifles de rayos «láser», capaces de perforar el acero y fundirle hasta el coche.

Optó por una táctica más desesperada. Fingió aminorar la marcha, para identificarse. Y parecía que iba a detenerse. Pero, a menos de dos metros de la barrera, puso el circuito sexto y el vehículo pegó un brinco espantoso hacia adelante, llevándose barrera y agentes en su embestida.

El griterío fue enorme. Algún oficial debió quedar muerto en el acto. Juliu sabía que era imposible andarse con delicadezas en aquellas circunstancias, cuando la vida y la seguridad de tantas personas dependían de él.

Voló, por así decir, hacia la salida. Hubo de pasar los dos controles siguientes a una celeridad escalofriante. Y del mismo modo, pegando el vehículo al suelo, para escapar de la trampa de una puerta metálica que descendía rápidamente, salió al exterior, perseguido ya por disparos de «láser» que no le dieron de lleno, pero que sí perforaron la carrocería por algunos puntos.

Ya en el exterior, Juliu se dirigió hacia una pista rápida, y sin respetar ninguna clase de señales, ciego, sin pensar en las consecuencias de cuanto hacía, se lanzó a una huida que nadie fue capaz de seguir.

Después de sortear obstáculos en la vía rápida, Juliu pasó a otra más moderada, tomó una bifurcación subterránea y terminó deteniéndose en un aparcamiento sumido en la penumbra. Allí se apoderó de un turismo e hizo subir a él a sus acompañantes.

Pocos minutos después, con el automóvil robado, Juliu salía de la población para dirigirse al espacio-puerto «Univers», donde poseía un helicodisco particular, fuera de los del servicio oficial.

Por el momento, podía considerarse a salvo.

* * *

La bien rasurada faz del presidente Anders se tornó pálida al escuchar las palabras de Juliu. Se incorporó a medias sobre su asiento, tras la regia mesa de cristal negro y se volvió a su ayudante, el senador Hoobert.

— ¿Sabía usted algo de eso, Jo?

El aludido negó con la cabeza.

—El J.C.P. no ha informado de nada.

—Tengo motivos para creer que el J.C.P. de Nueva York forma parte de la conjura, señor presidente.

— ¿Vive, pues, Djinsky?

—Estoy seguro de ello. Las dos personas que me acompañan aseguran que le devolvieron la vida. Yo afirmo que no estaba muerto. Pero para el caso es el mismo.

—Jo, haga pasar al doctor Spask y a la señorita Lirkay.

Jo Hoobert se volvió y se dirigió a la puerta.

—Es muy grave todo lo que me cuenta, oficial inspector Beltsy. Si se confirma, nuestra situación es muy delicada. El Consejo del Espacio nos inquietaba bastante... ¡Pero estando vivo Len Djinsky...! ¡Quiera Dios que se haya equivocado usted en sus aventuradas suposiciones! Me cuesta muchísimo darle crédito.

—Señor presidente, debe usted tomar medidas inmediatas. Puede que ya sea tarde y no hay un momento que perder. El Senado debe reunirse sin pérdida de tiempo... Hay que buscar a Djinsky y detenerlo... ¡Y, por encima de todo, es preciso neutralizar a las «Saetas Espaciales», que son la fuerza con que cuentan los conjurados!

— ¿Cómo, Beltsy?

—El J.C.P. no ha podido ser decapitado. Sumamos varios millones de hombres en todo el mundo. Comuníquese usted con los presidentes de las Federaciones de África y Europa. Allí las cosas pueden estar aún verdes. No han tenido tiempo de socavar la ley, como se ha hecho en Nueva York.

»En cierto modo, señor, creo que he precipitado un tanto los acontecimientos. Mi acción ha debido pillarles por sorpresa. Si lanza usted una alocución televisada inmediatamente, anticipándose a Djinsky, mucha gente no se tragará el engaño de la «resurrección».

En aquel momento entraron Dinik Lirkay y el doctor Dimitrio Spask, en cuyos rostros se delataba la ansiedad de la aventura corrida hasta llegar a Washington. El senador Hoobert venía con ellos.

— ¿Son ustedes el doctor Spask y la doctora Lirkay?

—Sí, excelencia —replicó Spask—. Ella es mi ayudante.

— ¿Han devuelto ustedes la vida del general Len Djinsky?

Spask asintió, diciendo:

—Me lo pidió mi amigo, el filántropo Hermann Bergerett, quien me ha socorrido en todo desde que llegué clandestinamente a este mundo.

—Ha contravenido usted la ley, doctor Spask.

—Lo sé, excelencia. Pero estoy seguro de haber aportado mucho a la ciencia.

—El oficial inspector Beltsy afirma que ha sido usted víctima de un engaño, doctor. Dice que el general Djinsky no estaba muerto y, por tanto, no pudo usted devolverle la vida.

—Eso me ha dicho a mí también. Mas no lo creo.

— ¡Es importante que esté usted seguro de lo que afirma, doctor! La

situación, de todos modos, es muy grave. Puede hacerse una gran propaganda acerca de esa resurrección y la humanidad sufrirá una tremenda convulsión de incalculables consecuencias.

—Comprendo, excelencia. ¿Qué es lo que desea usted de mí? Me pongo por entero a su servicio.

— ¿Vive Djinsky?

—Sí.

El presidente Anders se dejó caer, como aplastado, en su asiento.

—Jo, reúna el Senado. Haga venir inmediatamente a todos los agregados de prensa e información. Debo lanzar una alocución inmediata o nos veremos abocados a un desastre.

— ¿Está usted seguro de lo que hace, señor presidente?

—No lo sé, Jo. ¡Pero algo hay que hacer!

—Sí, señor —dijo Jo, mirando con recelo a Juliu Beltsy—. Espero que no haya sido usted mal informado.

En aquel mismo instante, para corroborar el informe de Juliu y desarmar enteramente al senador ayudante, un consejero de la Presidencia irrumpió en el despacho, sin previo aviso, gritando:

— ¡Señor, nos están rodeando tropas espaciales! ¡Las «Saetas del Espacio» están aterrizando en torno al palacio presidencial!

Tanto el presidente Anders como Juliu, todos corrieron a las ventanas. Y, efectivamente, el jardín estaba siendo invadido por tropas que descendían provistas de reactores individuales.

¡Aquello parecía una invasión en regla, contra toda ley y razón!

— ¡Dios mío! —exclamó el presidente Anders—. ¡Demasiado tarde! ¡Tenía usted razón!

— ¡No es demasiado tarde si establecemos comunicación con Moscú y El Cairo, señor! —gritó Juliu—. Vamos inmediatamente a la emisora.

Anders pareció reaccionar entonces. Regresó a su mesa y abrió un cajón, por medio de una extraña llave. Su trémula mano asió un auricular de color rojo.

— ¡Aquí el presidente Anders, de la Federación Americana! ¡Las «Saetas Espaciales» se han sublevado contra mí! ¡Acabo de recibir informes de un complot dirigido por el difunto general Djinsky, cuya muerte solo era aparente! ¡Se pretende engañar a la humanidad, diciendo que el profesor Dimitrio Spask ha logrado devolver la vida a los muertos!

«Necesitamos socorro inmediato de las fuerzas gubernamentales del J.C.P. En Nueva York, la policía hace causa común con los rebeldes. Comuníquenlo al presidente Felleh. Estoy dispuesto a resistir hasta el último instante. La Federación Americana no se entregará a los traidores.

En aquel instante, la puerta del despacho se abrió, apareciendo un grupo de soldados espaciales, armados con fusiles desintegrantes. El oficial que los mandaba gritó:

— ¡Ríndanse todos a las tropas del nuevo gobierno del general Djinsky!

¡Prendan al presidente y a sus acompañantes!

Juliu no se movió. A su lado, trémula, estaba Dinik, que se agarró a su brazo, como buscando protección.

En un instante, las fuerzas rebeldes obligaron a los reunidos en el despacho del presidente a salir de la estancia, conduciéndoles al exterior. Juliu fue desarmado y tratado con escasa consideración. En cambio, al presidente Anders le trataron con delicadeza, aunque con energía.

Un gran vehículo de suspensión de aire acababa de llegar al jardín. Entre una fila de soldados del espacio, de rostros inescrutables, los prisioneros fueron obligados a subir al transporte. Una vez dentro, el presidente fue separado de sus compañeros y llevado a una pequeña cabina.

Juliu, Dinik, Spask, el senador Hoobert y el consejero del presidente, que se llamaba Clemath, hubieron de sentarse en blandos sillones. Detrás de ellos se situaron tres soldados, fusiles en mano, y otros tres delante. Estaban mandados por un oficial.

La consternación parecía invadir a los prisioneros, excepto a Juliu, que tomaba la situación con calma.

Dinik, siempre junto a él, preguntó, en voz baja:

— ¿Qué nos pasará?

—No temas, Dinik. No pueden hacernos nada. Hemos cumplido con nuestro deber.

— ¡Tengo mucho miedo! —insistió Dinik.

—Presiento que va a correr la sangre del pueblo por las calles —observó el senador Hoobert—. Esta traición no puede prosperar.

Juliu miró al oficial que mandaba la tropa de vigilancia.

—La ley castiga la rebelión, capitán.

—Yo no me he rebelado contra nadie —dijo el hombre, adustamente—. He cumplido las órdenes recibidas de mis superiores.

—Pero usted se da cuenta de que ha intervenido en el arresto, mejor dicho, secuestro del presidente de la Federación Americana.

—Cumplo órdenes. No soy responsable.

—A la hora de juzgarle, no le valdrá este alegato.

—No seré juzgado.

—Lo será... ¡Y ejecutado!

—Yo no puedo morir —replicó, obstinadamente, el oficial...

— ¿Dónde nos llevan? —quiso saber el consejero de la presidencia.

—Ya lo sabrán a su debido tiempo.

El vehículo se había puesto silenciosamente en marcha. Desde su interior, los detenidos no podían ver el camino que recorrían, por encontrarse en una sala sin ventanas. Era una especie de camión de transporte pesado y blindado, del servicio auxiliar del espacio.

El viaje duró cuatro horas largas. Al fin, el vehículo se detuvo y todos fueron invitados a salir, excepto el presidente Anders, que continuó en su cabina aislada.

Cuando salieron al exterior, Juliu pudo ver un edificio de cemento, típicamente militar, rodeado de altos pinos. Una red de camuflaje, cubierta de pinos artificiales, cubría todo el claro, sobre el edificio. Era evidente que el lugar no podía ser reconocido desde el aire.

Inmediatamente les llevaron al interior del edificio. Por medio de un ascensor rápido, les bajaron hasta el subsuelo y allí, a lo largo de bien iluminados pasillos, en donde se veían tropas del espacio, de vigilancia, fueron llevados a una sala, en donde habían ya media docena de personas, entre las cuales Juliu reconoció a su amigo Pattershan y a Hermann Bergerett, quien estaba sentado en una silla, abrumado.

— ¡Pat! —exclamó Juliu, yendo rápidamente hacia su compañero y amigo —. ¡Me dijeron que habías muerto!

—Te han estado mintiendo —replicó el oficial jefe del J.C.P.

La guardia que les diera escolta no penetró con ellos en la sala, quedándose en el exterior. La sólida puerta metálica se cerró.

— ¿Por qué nos han traído aquí? —preguntó Juliu, mirando en derredor.

—Porque de aquí no es fácil salir. Nos encontramos en la prisión militar subterránea de Maine.

— ¿Y estos caballeros?

—Altos jefes de la política, la economía y el J.C.P...

Juliu no conocía a todos los que estaban allí. Pero pronto le fueron presentados. Antes, empero, presenció el encuentro entre Hermann Bergerett y el profesor Spask, que tuvo un vivo interés dramático.

Nada más ver a Dimitrio Spask, Bergerett se levantó y fue hacia él, centelleantes las microlentillas de sus, saltones ojos.

— ¡Bandido, embustero, maldita sea toda su costa de embaucadores!

Las voces del archimillonario hicieron volverse a todos los prisioneros. Pattershan se acercó a Bergerett y le sujetó del brazo, pretendiendo calmarle.

—Tengo la sospecha de que el doctor Spask ha sido tan víctima como usted del engaño.

— ¡Me han robado y engañado!

—No culpe a Spask, sino a usted mismo, Bergerett —dijo Juliu, mediando en la conversación.

— ¿Quién es usted? ¿Con qué derecho...?

Pattershan presentó a Juliu.

—Es el oficial encargado de encontrar a Dinik Lirkay y Dimitrio Spask. Es evidente que, al fin, los ha encontrado. De no haber sido por usted, que los tenía tan bien ocultos, lo que ahora nos duele, no hubiese ocurrido.

— ¡Yo intentaba beneficiar a la humanidad! —declaró Bergerett, altivo.

El senador Hoobert miró con desprecio a Bergerett.

—Y la ha beneficiado, sin duda, señor Bergerett. Len Djinsky le ha pagado con la moneda que usted se merecía. Ya no le necesita.

—Pero ¿no es usted capaz de devolver la vida a un muerto? —insistió el archimillonario.

—Sí —contestó Spask, altivamente.

— ¡Cínico! ¡Djinsky no estaba muerto! ¡Ni lo estuvieron Bime Pitcholy, ni Diomed Heem!

—El engaño les envolvió a ustedes dos —dijo Juliu—. Estoy seguro de que los tres ayudantes del profesor Spask, Berkly, Orville y Emerson fueron los que realizaron el engaño. Debían estar al servicio de Djinsky. Y fue usted quien lo pagó todo. Este plan no se forjó en un día, sino que necesitó mucho tiempo de preparación.

— ¿Conoce usted los pormenores de todo? —inquirió un alto magistrado del J.C.P., cuyo nombre era Belmont.

—Sí, señor. Al menos, en esencia. Poseo bastantes datos. Y con ellos he completado la historia.

— ¿Puede usted exponérnosla?

—Sí. Aunque, previamente, el señor Bergerett debe decirme algo.

— ¿Qué? —preguntó Bergerett.

— ¿Cuánto dinero ha dado usted a Djinsky para llevar a cabo su revolución?

Hermann Bergerett bajó la vista al suelo.

—Yo no manejo el dinero que poseo. Es mi secretario, Beni Ahmed, quien se ocupa de eso. Mi sorpresa fue enorme cuando me detuvieron y me trajeron aquí. Beni estaba entre las tropas que me rodearon. Fue él quien dio las órdenes...

La puerta que conducía al corredor subterráneo, por donde habían entrado todos los prisioneros, se abrió una vez más. Y ahora, ante todos los reunidos, apareció un hombre que nadie podía esperar ver allí.

Era el general Len Djinsky-Osgrodov.

Se quedó en el umbral, mirando a todos los reunidos, con expresión apenada, mientras la puerta se cerraba a su espalda.

— ¡Djinsky! —exclamó alguien—. Pero... ¿no es usted...?

—Lo siento, caballeros —habló el general «resucitado», sin moverse—. Ahora tengo la certeza absoluta de haber sido tan engañado como todos ustedes.

El consejero Clemath y el magistrado Belmont fueron los primeros en reaccionar, acercándose a Djinsky.

— ¿No es usted quien ha organizado la rebelión?

—Eso creí... Pero no es cierto. Ahora lo he comprendido todo... Puedo asegurarles a ustedes que yo tenía unas intenciones, pero todos hemos sido engañados... ¡El único traidor ha sido Beni Ahmed, que nos ha vendido a la Federación Africana!

El mayor sorprendido, en aquel momento, era Juliu Beltsy, quien no podía creer lo que estaba ocurriendo.

— ¿Y el presidente Anders? —preguntó Juliu, con voz estentórea.

—Ha sido ejecutado. Acabo de ver su cadáver... Lo siento, caballeros. Beni Ahmed ha ido mucho más lejos que yo. Este es el momento de las

lamentaciones. Las fuerzas de la Federación Africana están desembarcando en América.

Capítulo VII

En seis horas, la prisión militar subterránea de Maine se llenó de altos cargos oficiales de la Federación Americana. Seguían siendo las tropas del espacio las que mantenían la vigilancia, pero la sala en donde estaban Juliu Beltsy y los que llegaron con él estaba prácticamente a tope.

Dinik Lirkay no era la única mujer encerrada allí. De un golpe llevaron doce mujeres, pertenecientes a un grupo femenino del servicio secreto especial, las cuales no sabían aún por qué estaban allí.

En el grupo de los altísimos cargos, donde se encontraban prácticamente todos los senadores de la Federación, Juliu Beltsy, Dinik Lirkay y el profesor Spask, se enfrentaron a un diálogo abierto con Len Djinsky y Hermann Bergerett.

—Lo que podemos considerar el origen de todo —empezó diciendo Len Djinsky —, tuvo lugar en Buckham, hace tres años. ¿Recuerdas, Hermann?

—Sí. Yo había leído en una publicación científica que Dimitrio Spask estaba efectuando ensayos para devolver la vida a los muertos.

—Exactamente. Hablamos de aquello durante la comida. El secretario de Hermann estaba presente y mostró gran interés en el tema. De todos es bien sabido el temor que Hermann siente hacia la muerte.

—Es cierto —admitió Bergerett—. Pregunté a Len si la ley podía hacer una excepción con el profesor Spask, autorizándole a seguir adelante con sus prácticas. Él me contestó que no. Y, precisamente, los órganos informativos, en aquel tiempo, estaban sacando a relucir las consecuencias legales de las

prácticas del doctor Spask. Por ello se creó el estatuto trifederativo «Necrobiologic», aunque, mucho antes, Spask había sido encarcelado en Europa.

»Pero Beni Ahmed me dijo que él podía sacar a Spask de su prisión y traerle clandestinamente a América. No repliqué, de momento, pero estuve pensando en ello bastante tiempo.

»Fue una noche, sintiéndome indispuesto después de un banquete, cuando el terror de la muerte se apoderó de mí. Llamé a mi médico y me recetó el tranquilizante acostumbrado, que me hizo dormir. Sin embargo, a la mañana siguiente, al hablar con Beni Ahmed, le dije que deseaba hablar con el profesor Spask.

»Fue mi secretario el que se encargó de todo. Al cabo de dos meses, Dimitrio Spask se encontraba secretamente en América. Hablé con él, por medio del visófono cubierto, sin darle a conocer quién era yo. La conversación duró más de una hora, transcurrida la cual, Spask me había convencido. Entonces autoricé a Beni, para que instalase a Spask en un laboratorio secreto que hicimos construir en el desierto de Peew-kee. Incluso los trabajadores que fueron enviados allí ignoraban dónde se encontraban.

»Beni Ahmed se cuidó de todo lo demás. Él buscó a los ayudantes de Spask y, por requerimiento de este, hizo venir también clandestinamente a la señorita Lirkay.

»Un día me llamaron. Me dijeron que uno de los hombres del laboratorio estaba muerto. Acudí inmediatamente. Y el «muerto» fue devuelto a la vida. Lo vi con mis propios ojos. Para mí no cabía duda de que aquel hombre estaba muerto. Llegué a auscultar su corazón y tomar su pulso.

—Yo también estaba seguro de que Diomed Heem y Bime Pitcholy estaban muertos —afirmó Dimitrio Spask.

— ¿Y ahora no lo está? —inquirió Bergerett.

Todos los que presenciaban la controversia contuvieron el aliento.

—No. Debo admitir que el oficial Beltsy me ha convencido. Yo también he podido ser engañado por mis ayudantes, si eran colaboradores de Beni Ahmed —reconoció Dimitrio Spask.

Quizá, para todos los detenidos por la revolución, aquella controversia tenía tanta o más importancia que lo sucedido en el exterior de su encierro. Fuera se debía estar luchando por el poder. Pero allí dentro se discutía si la muerte podía ser vencida o no.

—Berkly, Emerson y Orville, sin lugar a dudas, eran asalariados de Beni Ahmed —insistió Juliu, tajante—. Dinik Lirkay puede decir si los vio alguna vez hablando secretamente con Ahmed.

—Sí, los vi en muchas ocasiones.

—Es cierto lo que afirma el oficial Beltsy —intervino Len Djinsky—. Me consta que el traidor de Ahmed engañó a Spask y a todos, incluyéndole a usted, Hermann. Yo conozco toda la versión de los hechos. Siempre creí que yo iba a dirigir la reforma universal... ¡Y Bergerett lo creyó también!

»Un día, Bergerett vino a verme al Consejo del Espacio. Me contó todo lo que había hecho. Había logrado devolver la vida a un muerto. Naturalmente, no le creí. Pero le escuché con mucha atención, queriendo llegar al fondo de su cuestión.

»Opuse mis dudas y le dije que no le denunciaría, pero que deseaba una prueba terminante de la verdad. Él se comprometió a dármela. ¿No es así, Hermann?

—Así fue, en efecto.

—Pero luego vino a verme Beni Ahmed, quien me habló en tono distinto, explicándome la verdad y proponiéndome el astuto plan que habría de llevarme a conseguir el apoyo de toda la humanidad.

»Sus palabras, poco más o menos, fueron así:

»— Si usted "muere" y luego revive, señor, se ganará la admiración de la humanidad entera. ¿Imagina lo que representa para tantos millones de seres saber que la muerte ha sido vencida? Hablará usted, y nueve mil millones de seres humanos estarán pendientes de sus palabras. Si les dice que los hará inmortales, será aclamado como a un dios.

«Aquello era demasiado fantástico. Y aunque no fuese cierto, las consecuencias que podían derivarse eran incalculables. ¿La muerte vencida? Era el argumento de Ahmed. Me dijo que ni Bime Pitcholy, ni Diomed Heem habían muerto realmente. Él dejó que Spask intentase devolver la vida a varios cadáveres. No lo consiguió. Pero daba lo mismo. Los ayudantes de Spask se prestarían a engañar incluso a Bergerett, sin cuya ayuda filantrópica no se podría realizar el prodigio.

«Teníamos todos los elementos necesarios. Un médico discutido y de ideas raras; el dinero suficiente para dar publicidad al hecho, porque Bergerett quería abolir el estatuto «Necrobiologic».

«Además Beni Ahmed logró imbuirme de un gran deseo de poder. Me convenció de que era factible realizar el engaño, debido a mi gran prestigio. Y me convenció.

«Yo solo tenía que fingirme muerto. Tres de mis médicos tenían que ser comprados para que certificaran mi muerte. Yo me confié a Cuss Lorrain y le ofrecí cinco millones de créditos. Él aceptó y llamó a otros dos.

«A Bergerett le hicimos creer que estaba enfermo, realmente. Su ansiedad era tanta que cayó en el fácil engaño.

«Así, me administraron un paralizante total y mi muerte se anunció al mundo. Para entonces, Beni Ahmed ya tenía cómplices en las «Saetas del Espacio» y en la J.C.P., porque, con el pretexto de trabajar para Bergerett y para mí, necesitaba gastar dinero de su jefe y afianzar bien sus proyectos.

«Todo se realizó con el secreto que usted sabe, Beltsy. La misma noche de mi entierro, dos hombres adiestrados me sacaron del cementerio y me llevaron a Peew-kee, donde se procedió a la inmediata resurrección de un vivo.

«Berkly, Orville y Emerson trabajaron bien, haciendo su papel tan perfecto, que ni siquiera Spask y la señorita Lirkay, jefes de la operación, se

dieron cuenta de nada. Me «devolvieron» la vida y se realizó el "milagro".

«Hermann abrió su generoso bolsillo y dio a cada uno de los participantes en la gran obra dos millones de créditos, además de cederles su finca «Ernadom», de Miami, para que pudieran descansar.

«Por su parte, también el comandante Rutherford, del J.C.P., ya comprado por Beni Ahmed, realizó la segunda parte del plan. Convenía que la noticia empezara a correr por los medios oficiales, para que saltara a los periódicos y a las cadenas informativas de radio y televisión.

»Y fue el propio Rutherford quien «sugirió» la idea de exhumar el féretro en que todos creían que estaba yo. Usted, Beltsy, mordió el cebo y se encontró con las dos personas que buscaba. Rutherford ignoraba que era usted tan inteligente y que podía llegar más lejos que él. Y hasta se pensó en eliminarle.

»Yo me opuse. No quería derramamientos de sangre. Además, precipitando un poco los acontecimientos, no había necesidad de silenciar bocas ni matar a nadie.

»Beni Ahmed, sin embargo, tenía otros planes y los fue llevando a cabo a mis espaldas.

«Primero, recompensamos a nuestros principales colaboradores, aunque el doctor Cuss Lorrain, que estaba remiso a seguir adelante, fue envenenado. Lo consideré un mal inevitable. Lorrain podría revelar que yo no había muerto.

»Luego reunimos a los jefes principales de las «Saetas Espaciales», quienes, al verme vivo, no podían creer el «milagro». Les explicamos lo que nos convino y aceptaron secundarnos, a cambio de ser sometidos ellos a tratamiento por el doctor Spask, en caso de muerte. Se les prometió esto y aceptaron movilizar sus tropas para atacar los centros de policía más importantes del mundo, las presidencias del Senado, etcétera.

»También habíamos pagado una importantísima suma a la cadena «World-news T.V.», para hacer la propaganda de la resurrección, que considerábamos tan importante para el cambio político.

»En estos momentos, todos los individuos del mundo creen que es posible vencer la muerte. Hay entusiasmo delirante en toda la superficie de la Tierra. De todos los hospitales del mundo envían telegramas dirigidos al Consejo del Espacio, adhiriéndose a mí y declarándome su simpatía.

»Me apoyan en todo y me suplican que anule el estatuto «Necrobiologic». Si formulamos la votación para mi elección al mando supremo de las tres federaciones, seré elegido por mayoría. Nadie podía oponérseme.

»Y, sin embargo... ¡yo también he sido engañado, pese a saber que mi resurrección era falsa! La verdad, caballeros, es que Beni Ahmed y el presidente Felleh se han aprovechado de la situación, poseen el mando directo de las «Saetas Espaciales», están enviando tropas hacia Europa y América, y todos nosotros estamos detenidos.

Era una verdad que tenía consecuencias amargas para muchos de los allí encerrados. Juliu Beltsy, que lo había adivinado casi todo, no pudo por menos que echarse a reír y preguntar:

— ¿Alguien creyó que la muerte podía ser vencida?
—Yo lo creí —respondió Hermann Bergerett.
—Y yo todavía lo creo —añadió Spask.

* * *

Un informador de la «World-news T.V.», llegado con un grupo de detenidos a engrosar la ya atestada sala de los detenidos en la prisión militar subterránea, explicó a Juliu:

—Hemos recibido noticias de que se está luchando ferozmente en toda la Federación Europea. Parece ser que el mensaje del presidente Anders, cursado por el teléfono rojo, antes de ser arrestado y ejecutado, hizo reaccionar vivamente a Kransky, quien tuvo tiempo de movilizar a toda la policía.

»Las naves del espacio controladas por el presidente Felleh, desde El Cairo, hostigan las grandes ciudades, pero el pueblo está desconcertado, pese a la difusión que hemos dado de la vuelta a la vida del general Djinsky.

— ¡Es una calamidad mundial! —manifestó Juliu.

—Y no podemos hacer nada. América está siendo invadida por tropas llegadas de África.

— ¿Ha triunfado el golpe de estado, pues?

—Sí. Y se están habilitando numerosos lugares para encerrar a los que se oponen al cambio.

— ¿Somos muchos? —preguntó Juliu.

—Bastantes. Pero la inmensa mayoría del pueblo está alelada, sin reaccionar todavía. La noticia de la muerte vencida ha causado mucho impacto. Hemos de esperar, sin embargo, los resultados de la lucha en Europa. Aquello puede decidir la cuestión.

No era fácil moverse ya entre las doscientas personas encerradas en aquella sala subterránea. El Senado estaba funcionando ya y la primera medida adoptada fue la de sustituir al presidente fallecido por el senador Jo Hoobert.

Hermann Bergerett y Len Djinsky fueron sancionados y recluidos en un rincón. Pattershan y otros jefes del J.C.P. se encargaban de custodiarles.

La misión que le encomendaron a Juliu fue la de informarse entre los detenidos que iban llegando de los sucesos que ocurrían en el exterior. Por ellos supo que la guardia de la prisión subterránea en el exterior estaba ya encomendada a las fuerzas invasoras de la Federación Africana, mientras que las «Saetas Espaciales» americanas se cuidaban de la vigilancia interior.

Esto estaba dando qué pensar a Juliu, quien lo comentó con Dinik, antes de informar al Senado.

—Es evidente que los africanos no se fían mucho de sus aliados americanos. Por eso los han relegado al servicio de vigilancia interior.

—Sé lo que estás pensando —dijo Dinik—. Pretendes hacer que esos hombres se vuelvan contra los que vigilan el exterior.

—Y ¿por qué no intentarlo? Sé de alguien que, si habla con nuestros

guardianes, podría conseguir algo.

— ¿Djinsky? —inquirió la joven.

—Exactamente.

— ¿A qué esperamos? —exclamó ella, resueltamente.

—Vamos a situarnos cerca de la entrada. Cuando abran la puerta y traigan otra remesa de detenidos, intentaré hacerme con alguno de los guardianes.

— ¡Pueden matarte!

—No lo harán. Su reacción será la de cerrar inmediatamente la puerta, aunque pierdan un hombre... Y ese hombre es quien ha de hablar con los de afuera.

No muy convencida, Dinik acompañó a Juliu hasta la puerta corrediza de acceso a la sala de los prisioneros. No tuvieron que esperar mucho. La puerta se abrió a los pocos minutos, apareciendo un capitán de las «Saetas Espaciales». Detrás tenía una docena de soldados armados.

Los prisioneros retrocedieron. Solo Juliu y Dinik se quedaron allí.

—Apártese, oficial —dijo el capitán astronauta—. Quiero hablar con el general Djinsky.

Juliu sonrió.

—Casualmente, yo quería eso mismo, señor. ¿Se han dado cuenta ya de que todos han sido engañados?

— ¿Quién es usted?

—El oficial inspector del J.C.P., capitán. Mi misión en este encierro es informar al Senado reunido aquí.

—Pues... —el capitán vaciló—. Estoy dispuesto a facilitar armas a todo el que quiera pelear contra los africanos que nos rodean.

— ¿Han ocupado la prisión?

—Sí. Y ahora son ellos los que dan las órdenes.

—Venga usted conmigo, capitán —dijo Juliu, sin vacilar.

Juliu y Dinik se abrieron paso entre los sorprendidos detenidos, llegando hasta el ángulo en donde el Senado, compuesto por quince senadores de la federación americana, estaban reunidos, sentados en el piso de cemento.

— ¿Cuál es su nombre, capitán? —preguntó Juliu.

—William Blear, señor.

Juliu se acercó al Senador Hoobert y le habló algo al oído. Luego el presidente provisional se levantó.

—Señores, estas son buenas noticias... Hable usted, capitán Blear.

El capitán inclinó la cabeza ante los hombres del Senado.

—Ruego me disculpen, senadores. Creo que hemos cometido una grave torpeza.

— ¿Llama usted torpeza a rebelarse contra el gobierno federal, capitán Blear? —preguntó, incisivo, el magistrado Belmont, que ahora formaba parte del nuevo senado.

—Lo siento. Cumplíamos órdenes. Ahora, sin embargo, creo que hemos sido engañados. Son tropas africanas las que rodean esta prisión. Nos han

aislado en el subsuelo y ni siquiera podemos salir al exterior. Los ascensores han quedado paralizados.

— ¿Quiere usted decir que estamos aquí, sin poder entrar ni salir? —preguntó el senador Hoobert.

—También nos han cortado las comunicaciones. Además de ustedes, habemos ciento veinte hombres de la guardia encerrados en el subsuelo de la fortaleza de Maine.

— ¿Y no hay modo de salir? —inquirió alguien.

Blear sacudió negativamente la cabeza.

—Estamos a merced de nuestros invasores.

— ¿Incomunicados también?

—También. Aunque, a decir verdad, algunos hombres pueden salir de aquí. Muy pocos, en verdad.

— ¿Cómo? —preguntó Hoobert.

—Dentro de los cohetes de la defensa espacial. Están situados en silos subterráneos. Los conos de carga atómica pueden ser sustituidos por cámaras vacías, en donde cabe perfectamente un hombre. Esos proyectiles pueden ser dirigidos al exterior, por medio de controles remotos que tenemos en nuestro poder.

—Y ¿quién se atreve a ser trasladado al exterior dentro de uno de esos proyectiles? —preguntó Belmont—. ¿Qué ventaja obtendríamos?

Blear se encogió de hombros.

—Solo deseo exponer que, dadas las circunstancias, mis hombres y yo estamos al servicio de ustedes.

—Un momento —intervino Juliu, vivamente—. Yo me atrevo a salir en uno de los cohetes. ¿Cuántos son, capitán Blear?

—Seis. Si nos dejaran desde el exterior, podríamos enviar hasta sesenta. Pero cuando efectuemos el primer disparo simultáneo de los seis proyectiles, es de suponer que nos cierren las bocas de los silos. Adivinarán que intentamos fugarnos por ese sistema. Puede incluso que nos corten el suministro eléctrico y nos dejen a todos a oscuras.

— ¿Cuál es su plan, oficial Beltsy? —preguntó el magistrado Belmont.

—El general Djinsky debe saber dónde se encuentra Beni Ahmed en estos momentos. Si pudiéramos llegar hasta ese turbio personaje y eliminarle, decapitaríamos la rebelión.

—No será fácil... ¡Hagan venir a Djinsky!

Al poco, Pattershan llegó acompañado del cabizbajo general Djinsky. Fue Jo Hoobert quien le interrogó:

—Escuche, Djinsky. ¿Dónde cree usted que se encuentra ahora Beni Ahmed?

—En la finca de descanso que posee Hermann Bergerett, en Mount Park.

— ¿Seguro que no se ha trasladado a Washington o a otro lugar, para dirigir la invasión? —insistió Hoobert.

—Ahmed se siente allí seguro. Dispone de un helicodisco de gran radio de

acción, para huir en él en caso necesario. Desde allí debíamos dirigir toda la magna operación. No creo que haya corrido el riesgo de salir de aquel lugar secreto, desde donde está comunicado con los jefes de la invasión.

»Allí estaba instalado el Cuartel General de Mando. Teníamos colocadas potentes emisoras que dominaban todo el continente.

—Pero Beni Ahmed ha podido trasladarse a otro lugar.

—No lo creo. Sabe que yo estoy encerrado aquí y poco daño le puedo hacer, incomunicado y privado de libertad.

— ¿Y cuántos hombres le protegen? —preguntó Juliu.

—Unos cincuenta.

Juliu miró a Pattershan.

— ¿Te gustaría venir conmigo, Pat? Con un poco de suerte, podríamos librarnos de Beni Ahmed y cambiar el sesgo de los acontecimientos.

—Iría a cualquier parte si pudiera salir de aquí —fue la respuesta de Pattershan.

—Bien, señores. Ustedes son oficiales de policía —declaró Hoobert —. Inténtenlo, al menos. Si logran eliminar a Beni Ahmed y sofocar la invasión, recibirán el merecido testimonio de nuestra eterna gratitud. Si no lo logran, sepan morir con dignidad.

—Necesitaremos algunos hombres más... ¿Quiere usted venir, capitán Blear?

—Con mucho gusto.

—Bien. Facilítenos armas y vamos a esos silos subterráneos.

Dinik Lirkay, que no había despegado los labios en todo el tiempo, se abrazó entonces a Juliu, en presencia de todos, y le dijo, emocionada:

— ¡Por favor, Juliu, no te arriesgues demasiado! Cumple con tu deber y piensa que, hasta tu regreso, estaré rezando por ti.

—Eres muy buena, Dinik. Lo tendré en cuenta.

—Te quiero... —musitó ella, vacilando—. Ya no sabría vivir sin ti

Capítulo VIII

A medida que se hacían los preparativos, Juliu Beltsy se iba dando cuenta de las dificultades que tenían delante, y las dudas sobre el éxito se hacían mayores.

Elegir tres oficiales, entre las fuerzas del espacio encerradas en la prisión subterránea no fue difícil. Luego fueron a la sala en donde estaban los seis silos que contenían los proyectiles. El almacén de cohetes estaba contiguo y se comunicaba por medio de una excelente red de vías y trenes eléctricos.

Varios técnicos que trabajaban en el control de vuelo coincidieron al afirmar la primera y grave dificultad.

—Podemos dirigir los proyectiles hasta donde sea preciso —explicó uno de ellos—. Pero lógicamente, cuando disparemos los cohetes, no los podremos dirigir, puesto que, inmediatamente, nos cortarán el suministro de energía eléctrica. Creerán que perseguimos algún objetivo importante y el único modo de no alcanzarlo es impedirnos guiar los cohetes.

— ¿No se puede establecer el objetivo y que los cohetes se guíen solos? —preguntó Juliu, conocedor de la técnica balística de los cohetes teledirigidos.

—Sí, puede hacerse —admitió el técnico—. Pero sin pantallas, no podemos corregir la trayectoria y los cohetes pueden ir a caer lejos de su objetivo.

— ¿Muy lejos?

—Algunos kilómetros de distancia.

—No es mucho. ¿Y la caída?

—Puede ser aminorada por medio de retropropulsores nivelados al altímetro. El último tramo sería suave, de tres metros por segundo. Y eso puede ajustarse ahora.

—Correcto —admitió Juliu—. Correremos el riesgo de ir a parar varios kilómetros de distancia del objetivo, ¿no te parece, Pat?

—Primero debemos examinar los accidentes del terreno sobre el que vamos a caer.

Cuando estudiaron los mapas, Juliu sintió que se le encogía el corazón. El refugio de Hermann Bergerett en Mount Peak era lo más parecido a un nido de águila, sobre una región montañosa y escarpada.

Casi estaban estudiando el modo de renunciar a la empresa, por impracticable, cuando uno de los técnicos sugirió otra solución, en la que antes no habían pensado.

—Y ¿por qué no colocamos unos mandos individuales en los cohetes y pueden ustedes pilotarlos desde el interior?

— ¿Puede hacerse eso? —preguntó Juliu, esperanzado.

—Emplearíamos varias horas. Además sería conveniente hacer ventanillas en los conos, para que pudieran ver el terreno antes de caer. Nosotros ajustamos la distancia y el recorrido, pero siempre tendrían ustedes unos kilómetros de margen, para caer donde quisieran.

—Si eso es factible, que se haga. Pero el tiempo nos apremia —exigió Juliu, que se había erigido en jefe de la expedición.

Y otro contratiempo se produjo, una hora después, cuando el presidente provisional, Jo Hoobert, llegó a la sala de cohetes, acompañado de otros senadores y del general Len Djinsky.

Juliu les saludó.

—Escuche, oficial Beltsy —empezó diciendo Hoobert—. Hemos estudiado su operación con detenimiento. Van a encontrar dificultades serias. Por eso se nos ha ocurrido que debe usted llevar al general Djinsky.

— ¿Llevarle? ¡Pero el general...! —atónito, Juliu no pudo continuar.

Su pausa fue aprovechada por el propio Len Djinsky para decir:

—Óigame, Beltsy. Oficialmente, soy un hombre muerto. También soy responsable de cuanto está ocurriendo. Quisiera ayudarles a prender a Ahmed. Yo conozco el refugio de Bergerett como la palma de mi mano. El pobre Hermann no puede ir allí en esas condiciones. Pero yo he sido héroe del espacio y tengo ascendencia sobre los hombres que estaban a mis órdenes. Si yo aparezco allí y logramos dominar a Beni Ahmed, mis subordinados se pondrán a mis órdenes. Quizá podamos estropear algo la invasión de las tropas de Felleh. Daría mi vida, la cual ya no me pertenece, por poder arreglar lo que he estropeado.

— ¿No le ha convencido, Beltsy? —preguntó Hoobert.

— ¿Y a ustedes?

—Sí.

—En ese caso, no tengo nada que objetar. Que venga con nosotros. Uno de los oficiales se quedará aquí.

* * *

Desde luego, las tropas que custodiaban el fuerte Maine no esperaban que los prisioneros del subsuelo utilizasen viejos cohetes de la defensa espacial para escapar. Su sorpresa fue grande cuando el suelo tembló y seis cohetes surgieron violentamente hacia el espacio, rompiendo el camuflaje de pinos artificiales, para partir como balas hacia el oeste.

El jefe de las tropas invasoras, llegadas a Maine, comprendió inmediatamente que debía de tratarse de un desesperado intento de las tropas sitiadas en el subsuelo de enviar alguien al exterior.

Por esto ordenó quitar la energía eléctrica, a fin de que los seis cohetes no pudieran ser teleguiados. Con ello dejó a oscuras a todos los prisioneros, cuyo número era superior al millar.

Pero ignoraba aquel hombre que los cohetes podían ser guiados por los mismos hombres que iban en su interior. Una rápida transformación, convirtió los cohetes en pequeñas naves tripuladas a reacción, dentro de una de las cuales iba, nada menos, que el famoso general Djinsky.

Desde su estrecho encierro, donde debía permanecer en cuclillas, Juliu veía las seis naves surcando el aire a tres mil metros de altura, a una velocidad

escalofriante. Llevaba un fusil «láser», de gran poder desintegrante. Los rayos que despedía aquel arma podían perforar cualquier muro o puerta, por recia que fuesen. Sus compañeros, incluyendo a Djinsky, iban armados del mismo modo. Nadie dudaba ya de la lealtad del general consejero del Espacio, al que, si todo salía bien, juzgaría un consejo de guerra. Él, sin embargo, había dicho a Juliu y a Pattershan, poco antes de emprender aquel arriesgado viaje, que daba por terminada su carrera y su vida. Era un muerto oficialmente y no quería aceptar ninguna consideración. Primero intentaría eliminar a Beni Ahmed, ¡luego él mismo se quitaría la vida!

Juliu no había dicho nada y Pattershan tampoco. Los acontecimientos futuros hablarían por ellos. Al que Juliu deseaba echar mano, después de lo que había sabido de él, era al comandante Rutherford. Y si lograba apoderarse de Ahmed, con el mismo helicodisco de Bergerett, se trasladaría a Nueva York y el traidor Rutherford lo pagaría caro.

El trayecto desde la base subterránea de Maine hasta Mount Peak no duró doce minutos. Ya estaban advertidos de antemano. Por esto, tensando los nervios, asió Juliu los mandos toscos que habían sido colocados en el cono que le servía de cabina y se preparó para dirigirlo en su caída.

Vio los picos de las montañas acercarse rápidamente. Luego el morro del cohete empezó a inclinarse. En unas décimas de segundo estaba cayendo sobre el Mount Peak. Luego vio el refugio de montaña y los árboles.

Juliu obedeció exactamente las instrucciones que le habían dado, empujando la palanca y orientando el cabeceo del cohete. La caída parecía ser más rápida de lo que le habían dicho. No se asustó. Le dijeron que el altímetro controlaba los retropropulsores de caída.

Y así debía ser, porque los últimos metros, sobre el suelo, fueron de una lentitud exasperante. Incluso llegó a ver «Saetas Espaciales» saliendo del refugio, con las armas en la mano, porque, evidentemente, no esperaban la llegada de aquellos seis enormes y llameantes cohetes.

Pero las «Saetas Espaciales» no se detuvieron a esperarles, sino que echaron a correr en todas direcciones, y hubo quien se arrojó a un precipicio, porque temían que los cohetes estuviesen provistos de cabezas atómicas.

Juliu abrió la escotilla unos segundos antes de que el cohete llegase al suelo. Un rugido de las toberas le ensordeció. El inmenso calor le envolvió. Saltó al suelo desde una altura de seis metros, rodando sobre sí mismo, para apartarse del lugar donde iban a desplomarse los seis monstruos de acero y fuego, cuyos ocupantes habían dirigido la caída hacia el terreno llano contiguo al edificio levantado sobre el pico. No eran más de quinientos metros cuadrados y el cohete del capitán Blear, descendiendo cerca de un precipicio, cayó rodando luego por la pendiente, falto de base para apoyarse. Su ocupante, al igual que Juliu y los demás, había saltado a tierra desde cierta altura.

El único que se quedó abordo hasta que el cohete se hubo posado y ladeado fue Len Djinsky, quien emergió de la escotilla un tanto aturdido, pero

empuñando con firmeza el fusil «láser». No era un hombre joven, aunque sí un sujeto experimentado y hábil.

Además Len Djinsky conocía mejor que nadie el refugio de la montaña. Por ello, mientras Juliu, Pattershan, Blear y los otros dos oficiales que les acompañaban corrían hacia el refugio, efectuando cortos disparos hacia puertas y ventanas, él se deslizó tangencialmente, hacia lo que parecía el extremo de la plataforma. Allí saltó por una escalera hasta llegar a una atalaya inferior, que dominaba un impresionante y dilatado paisaje.

En la roca, junto a la escalera, había una disimulada puerta. Djinsky presionó un resorte electrónico y la puerta se descorrió, mostrando el hueco de una galería que se dirigía, bajo la plataforma, hacia el edificio de la montaña.

Len Djinsky sabía que aquel túnel iba directamente hasta el centro de comunicaciones instalado en el edificio. Y allí, sin lugar a dudas, debía encontrarse Beni Ahmed, rodeado de los operadores de comunicaciones que le tendrían informado de lo que estaba ocurriendo en toda la Federación Americana.

¡Len Djinsky iba dispuesto a matar al hombre que le había traicionado! ¡No quería privarse de aquel placer, y por eso no dijo nada a Juliu de la existencia de la salida secreta!

* * *

— ¡Por aquí, Pat! —gritó Juliu, saltando hacia una puerta abierta, que no era la principal del edificio.

Desde las rocas situadas a unos cien metros, algunos soldados de la guardia dispararon sus armas contra Juliu, fundiendo el cemento a escasos centímetros de su cabeza.

Pat, echado de cara al suelo, devolvió el fuego, fundiendo rocas y cabezas, entre humo dantesco y llamas iridiscentes.

— ¡Allá voy!

Juliu le cubrió, acurrucado en el umbral. Luego ambos penetraron en un pasillo que daba a una sala. Todos parecían haber huido.

El capitán Blear y sus dos oficiales atacaban por otra parte. Todos se encontraron en el vestíbulo, donde estuvieron a punto de dispararse mutuamente.

— ¿Y el general Djinsky? —preguntó Juliu.

—No ha venido con nosotros —respondió Blear.

En la parte alta de una escalera de piedra y madera, dos «Saetas Espaciales» surgieron, con sus armas. Pero no llegaron a emplearlas, dada la celeridad de Juliu, que los eliminó de un certero disparo, para luego correr escalera arriba.

En una habitación del piso superior, un oficial estaba vistiéndose.

Al ver asomar a Juliu por la puerta, intentó asir la funda de un revólver de luz. Juliu le conminó con un gesto del rifle.

— ¡Quieto o muere!

El hombre, un oficial de los «Saetas Espaciales», se detuvo, sobrecogido por la autoridad de Juliu.

—Buscamos a Beni Ahmed. Es un traidor y vamos a matarle.

Un destello de inteligencia apareció en los ojos del individuo.

—Sé que es un traidor, pero... Me ordenaron permanecer a su lado y defenderle.

— ¡Nos ha vendido a todos! —exclamó Juliu—. No le debe usted fidelidad. El general Djinsky ha sido traicionado también por ese árabe maldito y encerrado en la prisión militar de Maine. Por suerte, hemos podido escapar y llegar hasta aquí, con el general Djinsky.

— ¿Está el consejero aquí?

—Sí.

—Si eso es cierto, me pondré a sus órdenes.

—Venga usted conmigo. Le llevaré hasta Djinsky.

El oficial era un coronel, llamado Bertmann. Sin acabarse de vestir, salió ante Juliu. Al fondo del pasillo aparecieron varios «Saetas Espaciales», pero Bertmann les gritó:

— ¡Alto el fuego! ¡Estos hombres son amigos!

— ¡Han disparado contra la guardia, coronel! —replicó un oficial.

—No importa. Depongan las armas y esperen instrucciones... ¡Que no dispare nadie, Charles!

—Sí, señor.

Bertmann y Juliu retrocedieron hacia la escalera. El capitán Blear se reunió con ellos.

—Hay que buscar al consejero Djinsky, capitán —exigió Juliu.

— ¡No sé dónde está, oficial Beltsy!

Bertmann vaciló, mirando desconfiadamente a Juliu.

—Le aseguro que venía con nosotros. Mire por esa ventana. Hemos venido en seis cohetes, disparados desde los silos de la fortaleza subterránea de Maine. Somos cinco. El general Djinsky venía con nosotros.

—Es cierto —afirmó Pattershan—. Pero estoy pensando que el general Djinsky, que conoce bien este edificio, quizás ha encontrado el medio de llegar hasta donde se encuentra Beni Ahmed.

—Tengo entendido que hay una galería subterránea, para caso de evasión rápida. Un pequeño helicodisco uniplaza se guarda en un hangar.

— ¿Dónde está situada esa galería? —preguntó Juliu, excitadamente.

—Al extremo del llano. La galería comunica con el sótano en donde está la estación de radio.

— ¡Vaya usted, Blear! ¡Nosotros iremos directamente a la estación! ¡Guíenos, coronel!

Bertmann llevó a Juliu y a Pattershan hacia una puerta, que se descorrió por medio de una célula fotoeléctrica. Detrás había dos ascensores y una escalera. Cuatro hombres armados les cerraban el paso.

— ¡Quietos! —gritó Bertmann, secamente—. Estos hombres pueden pasar.

Vamos a ver al señor Ahmed.

—Pero usted mismo dijo que nadie...

— ¡Basta de objeciones! —gritó Juliu—. Dejadnos pasar o disparo. Y suelten las armas, ¡pronto!

La presencia de Bertmann y la autoridad de los dos oficiales del J.C.P. convencieron a los centinelas, los cuales arrojaron sus armas al suelo, saliendo.

Juliu descendió rápidamente la escalera, seguido de Bertmann y Pattershan. Dos pisos más abajo terminaba la escalera en una sala circular, donde habían varias puertas metálicas. Una de ellas estaba protegida por otros dos soldados fornidos, cuyas armas apuntaban a los intrusos, pero que no emplearon al ver a Bertmann.

— ¡Abrid la puerta! —ordenó el coronel.

—Está cerrada por dentro, señor. Solo tenemos un timbre de llamada.

— ¡Llama, pues! ¿Está el señor Ahmed ahí?

—Sí.

Bertmann se volvió a Juliu, cuyo traje de paisano no mostraba ningún distintivo y parecía de mayor autoridad que Pattershan.

—Hay más de veinte hombres armados ahí dentro. Si Djinsky no ha venido con ustedes, no les aconsejo que entren.

Juliu no se detuvo en replicar. Primero disparó sin previo aviso sobre los dos centinelas, segándoles las piernas. Luego, su arma vomitó un fuerte haz de luz desintegradora sobre la puerta. Se oyó una fuerte explosión, como de haber estallado una granada de gran potencia y todos se sintieron lanzados hacia atrás, tropezando con las cajas de los ascensores.

Juliu fue el primero en levantarse. Había perdido el fusil, a consecuencia de la caída. Cuando quiso recogerlo, un grupo de técnicos de las «Saetas Espaciales» saltaba ya sobre ellos. Había salido de otra puerta contigua a la estación de comunicaciones.

En un momento, seis u ocho manos sujetaban férreamente a Juliu, obligándole a ponerse en pie. La media desintegrada puerta de la estación de radio y televisión fue abierta. Más técnicos salieron, armas en mano.

Alguien emitió una voz tajante y tanto Juliu como Pattershan fueron empujados sin miramientos, viéndose pronto en el interior de la zumbadora estación, donde más de cincuenta pantallas de televisión, circuitos de comunicación, «vibratélex» y máquinas estaban funcionando, en contacto directo con más de ciento cincuenta ciudades de todo el mundo.

Y en el centro de aquella sala, dentro de una cabina de cristal irrompible, había un hombre vestido de paisano, con una especie de ancha hopalanda plateada.

Juliu jamás había visto a Beni Ahmed, pero sus rasgos morenos y acusados le indicaron que se trataba del secretario de Hermann Bergerett, el architraidor.

Sin salir de su cabina, Beni examinó a los dos prisioneros.

—Acercarlos a mí —ordenó a los soldados de comunicaciones que sujetaban a Juliu y Pattershan.

Fue obedecido.

Beni Ahmed hablaba a través de un sistema de micros y altavoces, situados dentro y fuera de su jaula de cristal.

— ¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. ¿De dónde vienen? ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Venimos de la prisión subterránea de Maine.

— ¡Ah! ¿Han salido de allí dentro de seis cohetes? He sido informado. No creí que este fuese su destino. Bueno, sean bienvenidos. ¿Son ambos oficiales del J.C.P.?

—Sí —confesó Juliu.

— ¿Y qué se proponían ustedes?

—El nuevo presidente interino del Senado nos dio la orden de intentar destruirle a usted.

— ¡Vaya, aún no se ha decidido el triunfo y ya tienen nuevo presidente! ¿Quién es?

—Uno de los senadores. No importa su nombre. Aunque usted los matase a todos, siempre alguien ocuparía su puesto.

—Lo dudo. Pero no tengo tiempo que perder... ¡Lleváoslos de aquí y matadlos a todos!

—Hay otros más —intervino Bertmann, al que también sujetaban los técnicos en comunicaciones—. Me han dicho que el general Djinsky ha venido con ellos.

Juliu captó la cambiante mirada de inquietud que asomó a los ojos de Ahmed.

— ¿Djinsky, aquí? ¿Es cierto eso, oficiales?

—Sí —replicó Juliu—. Y trae la misión de matarle. Si no lo conseguimos nosotros, lo hará él, que conoce mejor este lugar.

— ¡Fuera! ¡Redoblad la guardia! ¡Disparad contra el primero que intente acercarse...!

Súbitamente, Beni Ahmed desapareció de la vista de todos los reunidos, al hundirse bruscamente el piso del interior de la campana de cristal.

Como nadie esperaba aquello, todos, tanto técnicos como Juliu y su compañero, se quedaron atónitos.

Y en el mismo instante, surgiendo del agujero dejado en el suelo de la cabina, se oyó un grito espantoso, seguido de una voz fría y serena, que decía:

—Hola, Beni; ¡maldito traidor!

¡Aquella era la voz del general Djinsky!

— ¡Es el general Len Djinsky! —gritó Juliu, desprendiéndose de las manos de los hombres que le sujetaban—. ¡No le he engañado coronel! ¡Hay que bajar a ese lugar!

Alguien dijo:

—La escalera está detrás de mi radioscopio.

Juliu se volvió.

— ¿Dónde?

—Ahí.

Detrás de una gran máquina, cuyos ojos mágicos parpadeaban ininterrumpidamente, Juliu vio una puerta. La abrió y vio una escalera espiral. Nadie le interceptó el paso. Varios hombres se lanzaron tras él.

Las voces de Djinsky y Ahmed llegaron claramente hasta ellos.

— ¡No me privaré del placer de darte muerte, Beni Ahmed! ¡Lo que has hecho es una traición imperdonable!

—No, general Djinsky... ¡No dispare! ¡Déjeme explicarle por qué le envié a Maine con...!

Capítulo IX

Juliu se encontró en una antigua bodega, excavada en la roca viva. Las paredes tenían todavía estanterías para contener botellas, pero estas habían desaparecido.

En el centro, iluminado por la luz que venía del agujero circular del techo, había una plataforma, sobre la que estaba Beni Ahmed, arrodillado.

Ahora no le protegía ningún escudo transparente.

Y, a pocos pasos, fiero, estaba Len Djinsky, junto a una puerta abierta, cuya oscuridad se perdía en el túnel a su espalda. También había una caja de control, que era la que Djinsky utilizó para hacer descender al ocupante de la cabina de cristal.

— ¡Le queremos vivo, general Djinsky! —gritó Juliu—. ¡No dispare usted!

— ¿Y voy a privarme del placer de matar a esta rata, espía y servidor del Presidente Felleh? —replicó Djinsky, sin apartar el rifle de Ahmed—. No, ¡eso jamás! Yo he de morir, pero él morirá conmigo.

—Aguarde un instante, señor —dijo Juliu—. Nosotros nos ocuparemos de él. Le rogamos a usted que suba a la estación de comunicaciones y hable por todos los canales. El pueblo de la Federación Americana necesita conocer la verdad de lo ocurrido. Usted les pedirá que se alcen contra los invasores. Es el único modo que tenemos para luchar, de momento.

»Pero Beni Ahmed tendrá que ayudarnos también, si no quiere que le volemos la cabeza aquí mismo.

Por un momento, Djinsky pareció que no iba a obedecer. Ante él, el árabe no se había movido, cabizbajo y trémulo. Juliu aprovechó la vacilación para acercarse a Djinsky y quitarle el rifle de las manos.

—Por favor, general. Hay que evitar que África se apodere de América. Y solo usted puede hacerlo, pronunciando una alocución inmediatamente.

Djinsky se dejó conducir hacia la escalera, mientras Juliu y Pattershan sujetaban al ahora asustado Beni Ahmed, quien balbuceaba:

—Vendrán mis hermanos de África... Acudirán inmediatamente y si me ocurre algo, destruirán todo esto... Arrasarán esta montaña.

Juliu, furioso, dio un golpe en la boca del árabe.

— ¡Cierra la boca, maldito y condenado traidor! ¡Si es necesario arrasaremos todas las ciudades de la Federación Africana! ¡Ni eres un ser humano, ni un patriota ni nada digno, sino un reptil cobarde, mil veces traidor y desleal! ¡Ni fuiste fiel al que te enriqueció, ni siquiera a ti mismo!

— ¡He comprado las conciencias de vuestros jefes! ¡Os los puedo denunciar!

—No hace falta que lo hagas. Sabemos quiénes son. Por suerte, ni siquiera Bergerett tenía suficientes créditos para comprar a los patriotas de este mundo. Pero sobre ti caerá la sangre de todos los que están muriendo, tanto en América como en Europa.

—Me parece que este sapo venenoso no sabe lo que es conciencia —dijo Pattershan, empujando a Ahmed hacia la escalera, ante la general expectación de los técnicos de comunicaciones, entre los que estaba el coronel Bertmann —. ¡Andando y no me tientes, que soy capaz de estrangularte aquí mismo!

Subieron todos a la estación de comunicaciones, donde Beni Ahmed fue obligado a sentarse en una silla.

A los pocos momentos, el capitán Blear y sus dos compañeros aparecieron también, por el mismo túnel donde surgiera Djinsky. Se reunieron con Juliu, y Blear dijo:

—Debía de ser un camino de escape.

—Sí. Ese cobarde había elegido bien el sitio. Deseo que tome el mando de los hombres de esta casa, Blear. El coronel le ayudará.

Djinsky, mientras tanto, rodeado de técnicos de comunicaciones, explicaba lo sucedido con palabras breves. Juliu se acercó y dijo:

—Deben establecer contacto con la cadena «Worlds-news T.V.» y hablará el general Djinsky. ¡Vamos, prepárenlo todo!

Había cámaras de televisión que podían transmitir directamente a todo el mundo, a través de la red de satélites de comunicaciones. Un ingeniero jefe empezó a dar las órdenes, a la vez que efectuaba varias urgentes llamadas por visófono.

Después de intercambiar fuertes voces con alguien, en alguna parte de América, aquel hombre se volvió a Juliu.

—Parece ser que la «World-news T.V.» ofrece inconvenientes, alegando deficiencias en sus estudios

Len Djinsky se acercó, furioso y gritó:

— ¡Ese Alain Visser ha de ser pulverizado! ¡Cobró mil doscientos cincuenta millones de créditos de Beni Ahmed, para colaborar en el engaño! ¿Está usted oyéndome, Visser? —gritó Djinsky hacia el visófono—. Tiene las horas contadas. Procure colaborar con el gobierno legal y salvar todas las vidas que pueda.

Visser, que, efectivamente, estaba oyendo la voz de Djinsky, replicó a través del éter:

— ¿Qué pretende, general Djinsky? ¡No sé a quién obedecer! El desconcierto reina en todas partes. ¿Qué debo hacer?

—Comunicar al mundo entero que no he muerto, ni me han resucitado. Solo hay un modo de solucionar esto y es diciendo la verdad. Estoy dispuesto a sufrir las consecuencias de mis actos. Me dejé engañar por el secretario de Bergerett, pero no deseo que el egoísmo del Presidente Felleh riegue nuestro mundo de sangre. Yo no quería servir de instrumento a los agentes de otra Federación.

Juliu Beltsy también tenía algo que decir:

—Oiga, Visser. Establezca la comunicación y vaya a entregarse al J.C.P. Sabemos que también, el comandante Rutherford es un traidor. Es preferible que se hagan justicia ustedes mismos, después de cumplir con su deber, si es que tienen todavía un vestigio de dignidad.

—Sí, oficial Beltsy —respondió Alain Visser—. Voy a ordenar que se establezca la comunicación mundial.

Pocos minutos después, el ingeniero de las «Saetas Espaciales» señalaba que la comunicación estaba establecida a través de satélites, vía «World-news T.V.», en sus nueve canales.

Entonces, el general Djinsky, con voz trémula y excitada, empezó a decir:

—Ciudadanos de la Federación Americana... Ciudadanos del mundo... ¡Yo acuso al Presidente Felleh de traición, de agresor del pueblo americano...!

Durante media hora, mil millones de televisores de todo el mundo, ávidos de transmitir las noticias de lo que estaba ocurriendo, ocuparon la atención de todos los habitantes del planeta.

Len Djinsky dijo la verdad. Habló del engaño en el que había participado, instigado por Beni Ahmed, y realzó la traición que todo el Senado federal

había sufrido. Explicó también que el Presidente Anders había muerto y que en la fortaleza subterránea del Maine, cientos de altos dignatarios estaban encerrados y vigilados por las tropas invasoras.

— ¡Pueblo de América! ¡Id contra esos hombres y aniquilarlos!

También se dirigió a las fuerzas del espacio. Su enorme prestigio sirvió para recobrar la antigua ascendencia que había tenido sobre aquellos hombres que primero le creyeron muerto, luego revivido y ahora sabían que no había muerto, sino que fue víctima de una conjura.

El final de la alocución fue inmensamente dramático.

—Y como soy culpable, yo mismo me aplicaré la justicia que merezco.

Antes de que los que estaban en la estación de comunicaciones pudieran darse cuenta de lo que ocurría, Djinsky se acercó a uno de los soldados y le sujetó el fusil «láser».

El soldado intentó retroceder y apartarse del general. Pero este alargó la mano y presionó sobre el disparador, a la vez que alzaba el cañón hacia su pecho.

— ¡Detenedle! —gritó Juliu, saltando ya hacia él.

Fue inevitable.

Se produjo una llamarada y Djinsky cayó penosamente al suelo, con un enorme y sangrante boquete en el pecho.

Las cámaras se retiraron rápidamente y la última imagen fue la del atónito soldado que empuñaba el rifle desintegrador, cuya faz se había tornado blanca como el papel.

* * *

La primera reacción importante se produjo tres horas después, cuando una escuadrilla de «Saetas Espaciales» dejó caer sobre El Cairo doce bombas de cobalto.

Doce enormes hongos de fuego, que arrasaron totalmente la megápolis, parecieron seguir a las naves en su curso a los espacios.

En la hecatombe pereció el Senado federal africano, con su alevoso presidente. En Europa, el J.C.P., auxiliado por ciudadanos de todas las edades, dieron una enorme batida al desmoralizado ejército negro, asestándole fuertes descalabros.

En el Atlántico, seis flotas de la Federación africana fueron destruidas desde el espacio, con cañones atómicos. En la flota iban las fuerzas necesarias para apoyar la invasión aérea efectuada en América.

Luego, se produjo la gran desbandada y la cacería humana más espantosa de la historia. Por todas partes del mundo, hombres, policías y «Saetas Espaciales» buscaban a los soldados africanos, que poco antes se creían casi los dueños del mundo, cegados por las promesas del Presidente Felleh, y los exterminaban allí donde los encontraban.

Corrió la sangre, porque en su desesperación, aquellos hombres luchaban hasta la muerte. No esperaban piedad y morían matando, ferozmente.

También la alocución y muerte de Djinsky sirvió para que numerosos vehículos de la policía americana, seguidos de miles de ciudadanos civiles, se dirigieran hacia los bosques de Maine, donde no encontraban resistencia de ninguna especie, porque los invasores habían huido, abandonando sus armas.

Se pudo, pues, establecer de nuevo la energía eléctrica, hacer funcionar los ascensores y rescatar a todos los prisioneros encerrados en la oscuridad dantesca de los sótanos.

El Senado fue vitoreado al salir. Bergerett y Dimitrio Spask tuvieron que ser sacados y conducidos a un coche blindado, por temor a la furia de las gentes. Sin embargo, Dinik recibió la libertad sin que nadie la reconociera y le dijese nada.

Desolada, Dinik se acercó a un vehículo del J.C.P. y preguntó a un oficial si sabía algo de Juliu Beltsy. El oficial no podía darle respuesta y quiso saber algo de él.

—Salió de aquí dentro de un cohete, para asaltar el refugio en donde estaba Beni Ahmed. El general Djinsky iba con ellos.

El oficial llamó por radio a su departamento y, al cabo de unos minutos, le comunicaron que llevase a Dinik al departamento de Nueva York, donde sería atendida.

Así lo hizo el oficial, diciendo a Dinik:

—Me han ordenado que la lleve a Nueva York. Creo que allí encontrará usted al oficial Beltsy.

— ¡Oh, gracias; un millón de gracias!

Pero Dinik había de tardar aún dos días en ver de nuevo a Juliu.

Hubo de esperar en el elegante encierro en donde ya había permanecido una vez. Y de nuevo, fue Juliu Beltsy quien fue a sacarla. Pero el hombre que ella amaba parecía haber cambiado extraordinariamente en los tres días que llevaba sin verle.

Le vio aparecer, al abrirse la puerta. Venía de uniforme. Llevaba galones de comandante jefe. Sonreía abiertamente y tenía los brazos tendidos hacia ella.

—Dinik, no he podido venir antes.

Ella estaba tan emocionada que no acertó a responder. Corrió hacia él y se sepultó en sus brazos, estrechándole con fuerza.

— ¡Juliu, gracias a Dios!

—Ya ha terminado todo.

—Lo he escuchado por televisión. Ha sido espantoso... ¡Me siento horriblemente culpable de todo cuanto ha sucedido!

—No, tú no tienes la culpa. Hemos detenido a Don Berkly, «Red» Emerson y Maxim Orville. Serán ejecutados, junto con Beni Ahmed. Es lo menos que se merecen. Todos eran cómplices. Había más, pero se ha demostrado que los únicos de buena fe erais tú y el doctor Spask.

— ¿Dónde está Dimitrio?

—Alojado en el departamento de Washington. Acabo de dejarle tranquilo

y resignado. El presidente me ha dicho, no hace ni media hora, que desea darle la oportunidad que tanto ha deseado. Por desgracia, sobran cadáveres estos días.

»El doctor Spask podrá ensayar con tres de ellos y tratar, sin ninguna clase de impedimento, de devolver la vida a alguno.

— ¡Oh! —exclamó Dinik.

—Es una forma sencilla de salir definitivamente de dudas. Si Spask devuelve la vida a alguien, habremos de considerarle en serio. Yo, personalmente, no creo que lo consiga. Estoy enterado de todo cuanto ha sucedido.

Dinik no replicó.

—En cuanto a ti... —Juliu se detuvo y la miró intensamente a los ojos—. Tengo una misión muy importante que deseo hacerte cumplir.

— ¿Cuál? —preguntó ella, un tanto asustada.

—Necesito una mujer inteligente y linda, como tú. Hace tiempo que deseaba tener un hogar y creo que ha llegado el momento.

— ¿Quieres que me case contigo? —inquirió ella, sin aliento.

—Sí. Pero la pregunta la haré yo. ¿No ves estos flamantes galones? Me han ascendido. Ahora ocupo el puesto del comandante Rutherford, a quien han encontrado en su despacho, muerto. Ha preferido hacerse justicia él mismo antes de que se la hiciéramos nosotros.

»Mi pregunta es: ¿Quieres casarte con el comandante Beltsy?

—Sí — declaró Dinik, anhelante.

Él acercó sus labios a los de ella y los besó, primero suavemente, para luego hundir su boca en la de ella, violentamente.

* * *

Habrían de transcurrir algunos años para que todo volviera a la normalidad en un mundo que ahora estaba dividido en dos grandes federaciones hermanas. África había sido dividida y ahora pertenecía a la federación americana y euroasiática.

Las «Saetas Espaciales» tenían dos grandes cuarteles generales, uno en Alaska y otro en Inglaterra. Las operaciones de conquista exterior se debían realizar bajo un mando conjunto, el cual tenía establecido ya el gran salto al espacio, con naves tripuladas por cientos de hombres y mujeres.

Los conspiradores a sueldo de Beni Ahmed fueron ejecutados, junto con su jefe. No hubo piedad para ellos, aunque se perdonó a muchas tropas africanas invasoras, porque su intervención había sido obligada por sus jefes.

¡Y Dimitrio Spask pudo realizar sus proyectos, en Peew-kee, sin fraudes, pero el resultado no pudo ser más descorazonador para él: fracasó!

Hermann Bergerett fue condenado a veinte años de prisión. Le hicieron este favor sus jueces, esperando que los cumpliera. Se le incautó su fortuna y posesiones, que pasaron a manos del estado, y hubo de vivir privado de todo lujo.

Sin embargo, su fin fue trágico. Un día se sintió indispuesto. El miedo a la muerte se apoderó de él y se volvió completamente loco, gritando en su celda:

— ¡No quiero morir! ¡Soy Hermann Bergerett, el hombre más rico del mundo! ¡Yo no puedo morir! ¡No me dejéis morir, os lo suplico!

Debió ser algo aterrador. El jefe de la prisión, informó a Juliu del fallecimiento de Bergerett, y este se lo comunicó a Dinik, la cual ya era su esposa.

—Hermann ha muerto en su encierro.

La joven musitó:

—Que Dios tenga piedad de su alma.

—Creo que ha sido algo espantoso. Su necrofobia le ha estado matando lentamente durante toda su existencia. Es un ejemplo para todos nosotros. Era demasiado rico y creyó que eso le daba derecho a vivir más que nadie, pero la muerte no admite sobornos.

—Si Spask hubiese tenido éxito...

— ¿Crees, de verdad, que alguien puede vencer a la muerte? —Juliu miró fijamente a su esposa.

—Hubo un tiempo en que llegué a creerlo, querido. Ahora, solo creo en la vida. Y estoy segura de que es algo maravilloso... a tu lado.

—Gracias, amor mío.

— ¿Y cómo va tu trabajo?

—Bien. Pero estoy preocupado por Pat. Todavía no ha digerido del todo que sea ahora su jefe. Él que lo fue mío mucho tiempo.

—Invítale a cenar esta noche. Le haré aquellos pastelitos que tanto le gustan.

—Pat no quiere pasteles... Lo que él quiere son buenos servicios que le hagan conseguir méritos.

— ¿Y no se los das?

— ¡Claro que se los doy, pero no los resuelve! Y nuestro departamento no puede permitirse el lujo de archivar casos sin resolver. He aconsejado a Pat que se presente a las oposiciones de magistrado.

— ¿Y os separaréis?

—No, seguiremos igual que antes. Pero su reputación no correrá peligro, si a un criminal le da por ocultarse. Yo sé bastante de eso.

— ¿De cuando me buscabas a mí?

Juliu abrazó a su esposa con ternura.

—Exactamente... ¡Si te encuentro en aquellos momentos de depresión, te habría matado!

— ¿Y quién te habría querido ahora?

— ¡Oh, claro; mi vida! La verdad fue que te quería mucho tiempo antes de conocerte.

— ¡Eres adorable, Juliu!

— ¡Y tú la mujer más hermosa del mundo!

Se abrazaron una vez más. El destino los había unido para ser felices. Solo

querían amor y eso es lo que tenían.

FIN

Próximo número:

LA AMENAZA

ROBERT KEATING

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



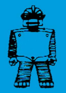
BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

